CARTAS
Á EMILIA
sobre
LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso

POR

Cárlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

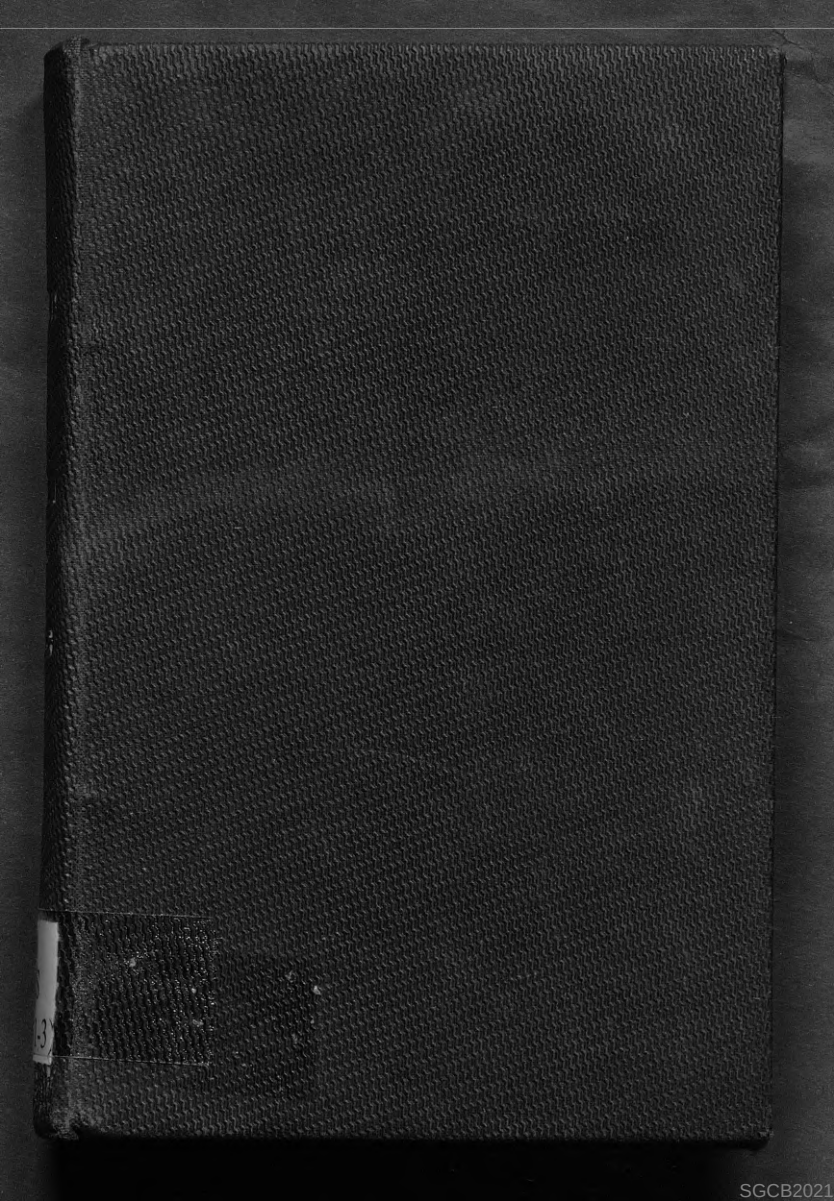
D. Romualdo Gallardo.

SEGUNDA PARTE.

MADRID: 1840.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS,
donde se hallará.

Rex 1428 (2)

colorchecker CLASSIC
x-rite
SGCB2021



CARTAS

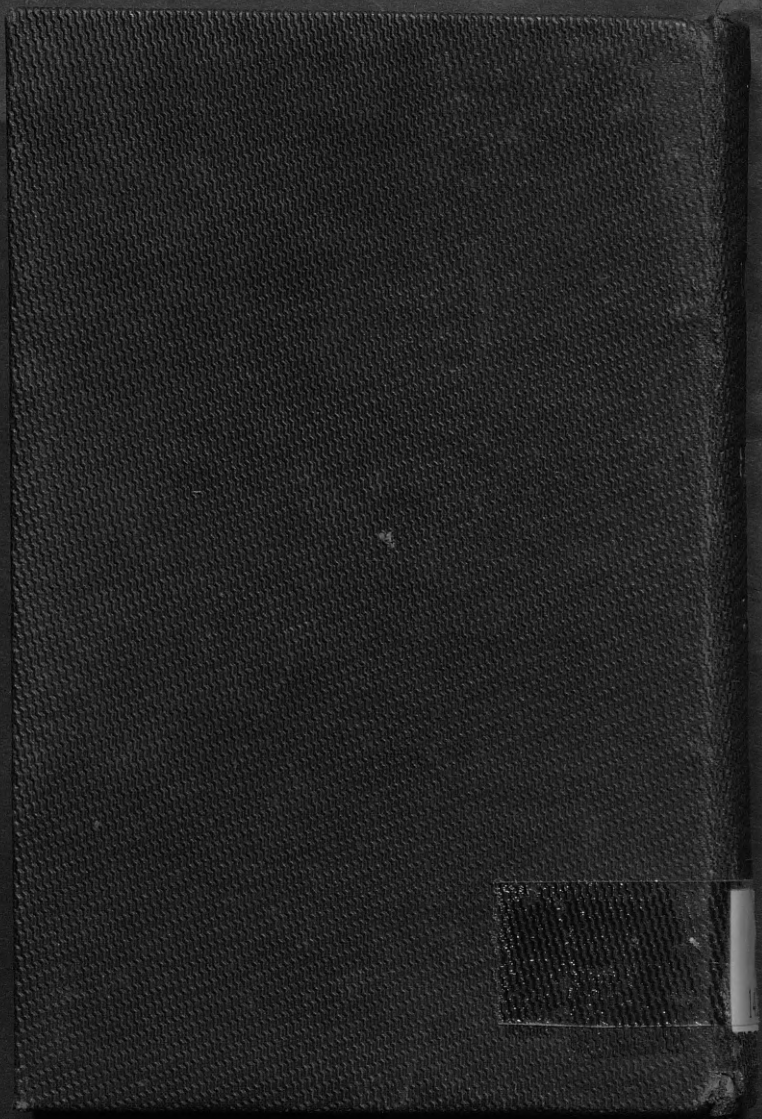
A

EMILIA

1-2-3

RES
1428(1-3)

SGCB2021


SGCB2021

M. Blanco
RES
1428
(2)

CARTAS Á EMILIA

sobre

LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso

POR

Cárlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

D. Romualdo Gallardo.

SEGUNDA PARTE.

MADRID: 1840.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS,
donde se hallará.

SGCB2021

Á EMILIA.

Castillo de Lassigny 1.º setiembre de 1787.

Cuando estos prados moraba
A la que amaba escribia:
Vuelvo á ellos en este dia,
Y amo la misma que amaba.
Vuelvo á abandonar el foro,
Las espinas por las rosas;
Trasformaciones gozosas
Repetiré á la que adoro.
No creas voy á lucir
Con mi brillante talento;
Pienso mas de lo que siento,
Te amo, y no hay mas que decir.
Mi ciencia cifro en querer,
Sólo amor firme aprendí;
Mi genio y gusto seguí,
Ni es dable todo aprender.

Tú, que con arte admirable
Unes la gracia al saber,
Conténtate con tener
Un mas amante que amable.
Si fuera hombre de talento,
Yo, sí, tu amante seria,
Pero no tú amiga mia:
Daña el genio al sentimiento.
Y aunque el cielo me conceda
Brillantez y donosura,
Pasa pronto la hermosura,
Y el corazon siempre queda.

CARTAS Á EMILIA

SOBRE

LA MITOLOGÍA.

CARTA XVII.

LA SERPIENTE PYTHON.

El terror y la desolacion reinaban al pie del monte Parnaso, en tanto que Apolo se hallaba ocupado en extender el imperio de las bellas artes. Furiosa Juno de ver que Júpiter, sin su socorro, habia enjendrado á Minerva, dió á la tierra un manotazo, y de este golpe terrible nació la serpiente Python. Habíase establecido este monstruo, despues de la ausencia de Apolo, al pie del monte

Parnaso, junto á las riberas del rio Cephiso, y desolaba sus amenas campiñas.

Sabedor el hermano de las Musas, se separa de sus hermanas y de la corte de Baco, monta en su fiel Pegaso, vuela, llega, combate con el monstruo, y le quita la vida con sus dardos.

En toda la Grecia se celebró esta victoria, que elevó á su colmo la gloria de Apolo, instituyéndose en su honor los juegos Pythios, muy semejantes á los juegos Olímpicos, aunque en estos distribuían las coronas el ingenio unido á la destreza y fuerza. Estas coronas fueron al principio de encina, pero desde la trasformacion de Dafne se usaron de laurel. Habia certámenes de baile, música y poesía, celebrándose diariamente tan agradables combates. El dios de las bellas artes los presidia, colocado sobre un trono de mullido cesped, reanimando los acentos de los pastores y las gracias de las pastoras, y haciendo renacer bajo sus plantas las flores y los placeres de la edad de oro.

Al salir de estas amables reuniones se dispersaban por los bosques y decli-

ves de las montañas las parejas dichosas: el Himeneo las extraviaba en estos gratos laberintos, y, durante la calma de la noche, se oían los suspiros de los ecos y el tierno murmullo de las cavernas.

Pero la felicidad pocas veces es duradera sino en tanto que se mantiene oculta. Bien pronto publicó la Fama cuanto pasaba entre Apolo y sus pastores; y los dioses, envidiando su ventura, le mandaron presentar en el Olimpo. El hijo de Latona sintió dejar su destierro tanto como si dejara su patria. ¡Ay de mí! exclamaba, vertiendo amargas lágrimas:

«Para siempre te dejo, asilo amado,
»Mansion de las delicias é inocencia,
»Do, lejos de la corte, retirado
»De su maligno clima y concurrencia,
»Habia mis costumbres mejorado
»De tu suelo benigno la influencia;
»Y en dulce libertad feliz vivia,
»Protegiendo las artes á porfia.
»Adios, selva querida, bosque umbroso,
»Ya no gozaré mas de tu frescura;
»Ni tú, antro sombrío y misterioso,
»Do gustaba llorar mi desventura,
»Podrás con tu lenguaje silencioso
»Mis penas consolar ni mi amargura:
»¡Cuando olvidar podré los blandos sueños
»Que gozaba en tus sitios halagüeños!

»¡Oh Ninfas que poblais el monte y prado!
»De un jóven olvidad los extravíos;
»Beldades, á quien tanto he ultrajado,
»Nayades, que habitais fuentes y ríos,
»Perdonad si algun lloro ha despertado
»Este amante infeliz con sus desvíos:
»La corte depravó mi pecho amante,
»Y aprendí á vuestro lado á ser constante.
»¡Adios! no me olvideis, caros pasteres,
»Que siempre desde el carro luminoso
»Con placer os veré; y mis ardores
»Llenarán este sitio delicioso
»De abundancia, de frutos y de flores:
»Gozareis un reinado venturoso,
»Libres de la ignorancia vil y necia,
»Y de sabios la patria será Grecia.
»Amigos: mis hermanas * os confio
»Cual jóvenes, hermosas é inmortales,
»De los hombres expuestas al desvío,
»Disgustos sufrirán, tedios y males.
»¡Adios! que ya me llama Jove Pío;
»Y parto á las regiones celestiales:
»No olvideis mi cariño ni ternura;
»Doleos de mi suerte y desventura.»

A estas palabras, colocándose sobre una nube, desapareció el hijo de Latona.

Los pastores, que tantas delicias habian disfrutado en su compañía, conocieron con su ausencia lo mucho que habian perdido, y sus recuerdos fueron todavía mas sinceros que lo habia sido

* Las Musas.

su amistad. A breve tiempo rindieron adoracion al amigo que tenian en el Olimpo, le erigieron templos, y se reunieron para cantar sus alabanzas. Apolo ya no existia en la tierra, pero moraba en el corazon de cuantos le habian conocido. ¡Qué idea tan halagüeña para los verdaderos amigos! ¿No la ha sentido V. alguna vez, mi cara Emilia? Y en este mismo instante,

En Madrid retirada,
Lejos de la mansion encantadora
De la risueña Flora,
¿No es cierto que mil veces visitada
Te crees del mejor de tus amigos,
Sin peñas habitando ni testigos
El mismo gabinete
En que me hallo escribiendo este billete?

CARTA XVIII.

ORÁCULOS DE APOLO.

De todos los dioses de la antigüedad, acaso es Apolo el que mas extenso culto ha conseguido. Los himnos que se cantaban en honor suyo se llamaban *Pœans*, porque regularmente comenzaban por estas palabras: *Io Pœan*, palabras que le estaban consagradas para recordar la victoria que habia alcanzado sobre el monstruo Python. Los que presenciaron este combate terrible le gritaban sin cesar: *Io Pœan*, vamos, hiere! ó lanza tus dardos! Y este refran se repitió en adelante despues de cualquier victoria, como un grito de alegría. En los altares de Apolo se inmolaba por lo regular un toro blanco ó un cordero: tambien en sus sacrificios se usaba la leche y el aceite; aquella en memoria del tiempo en que habia guardado los rebaños, y este porque el olivo, fiel al dios de la luz, no florece mas que en los sitios vivificados con su presencia.

Se presentaban ademas en sus altares el cuervo, que, leyendo como Apolo el porvenir, nos anuncia nuestros futuros destinos; el águila, cuya mirada atrevida goza de todo el esplendor del sol; el gallo, cuyo matutino canto celebra su venida; y la cigarra, que con su cántico celebra los serenos dias de su reinado.

Se representaba á este dios en figura de un muchacho sin pelo de barba, rojos y flotantes sus cabellos, y ceñida la frente de laurel. Tenia en su mano derecha el arco y flechas, y en la izquierda una lira de siete cuerdas, emblema de los siete planetas que le rodean. Como á protector de los humanos se le representa con escudo, conduciendo á las tres Gracias que animan al Genio y las Bellas artes. A sus pies se colocaba un cisne, cuya ave le estaba consagrada por la ternura y melodía de su canto, con el que anuncia su muerte próxima, como si el término de nuestra existencia fuese la época de la felicidad.

Asi, cuando la fiebre mas ardiente
La flor de mi existencia consumia,

Cual cisne agorador, con voz doliente
Cantaba mi agonía.
Mas luego que te ví ¡feliz momento!
Los hielos del sepulcro abandonando,
Con tu vista calmaba mi tormento,
Las fuerzas recobrando.
El pasado martirio comparaba
Con tus gracias, halagos y ternura;
Y con mas avidez se recreaba
Mi pecho en su ventura.
La salud recobré con tu presencia,
Y Cupido, testigo de mis lloros,
Escuchaba de mi convalecencia
Los cánticos sonoros.

Nada diré á V. del infinito número de templos erigidos á Apolo, ni de las multiplicadas fiestas que en su honor se celebraban. Dispénseme V. de semejante narracion, pues sabe mejor que cualquiera otra que

Si de un pueblo entusiasmado
Agrada la adulacion,
Su vileza y sumision
Nos causa tedio y enfado.

Los templos mas célebres de Apolo fueron el de Delos, lugar de su nacimiento y en el que mas adelante estableció Theseo los juegos Pythios; el del monte Soractes, cuyos sacerdotes se paseaban con los pies desnudos sobre carbones encendidos; y el de Delfos,

donde las doncellas le ofrecian su cabellera, y en el que Apolo dictaba sus oráculos por medio de la Sibila.

Muchos filósofos se han roto inútilmente la cabeza para explicar las convulsiones y pretendidas inspiraciones de esta sacerdotisa, habiendo agotado con este motivo cuantas conjeturas físicas y morales les ha sugerido su imaginacion. Hasta algunos, que fueron testigos del cumplimiento de sus predicciones, aseguran que el diablo tenia parte en ellas, pues se introducia en el cuerpo de la sacerdotisa, y por medio de un letargo le revelaba el porvenir. Ya ve V., Emilia, que estos señores han hecho de la Sibila una energúmena.

Pero sin atacar opiniones tan respetables, oiga V. la mia en pocas palabras: aquellos que se hallaban interesados en el producto de las ofrendas habian, con mucha prudencia, elegido una mujer para que pronunciase los oráculos. Dos motivos debieron obligarles á semejante eleccion; uno el sentido equívoco de las predicciones, y otro las convulsiones que era preciso las acompañáran. Esta especie de éxtasis que

tomaban los espectadores por inspiracion divina, era muy esencial para sostener la credulidad; y ademas

¿Quién sabe fingir mejor
Que la tierna doncellita,
Que su corazon palpita,
Que palidece el color,
Que se desmaya y se muere,
Volviendo en sí cuando quiere?

El sexo del oráculo nos explica suficientemente los pretendidos síntomas de sus inspiraciones.

En cuanto á las predicciones, su mayor dificultad consistia en darles siempre un sentido equívoco, de manera que el suceso adverso ó favorable se encontrára en un todo conforme con la profecía. Para esto,

¿Quién mejor ha poseido
Aquel lenguaje insidioso,
Enigmático y dudoso
Que pocos han entendido?
¿Quién mejor puso en balanza
El temor y la esperanza,
Y disfrazó la evidencia
Vistiéndola de apariencia?
¿Quién supo mejor librar,
Viéndose en lance apurado,
Que esas bellas que ha criado
El Amor para hechizar
A los débiles mortales
Con su halagüeña ternura,

Deleites angelicales
Y encantadora dulzura;
Prolongando el dulce error
Hasta el postrimer instante
En que perece el amante
A impulsos de su dolor,
De su dama acariciado,
Y feliz, aunque engañado?

Despues de estos razonamientos, fundados en la experiencia, es preciso convenir en que todos los hechizos y brujerías de la Sibila consistian en un talento natural para imitar las convulsiones y falsificar la verdad.

Pudiera con este motivo haceros una relacion de las supersticiones de la crédula antigüedad,

Mi pluma trazára la buenaventura,
De nuestros abuelos el grato reinado,
Y usted reiria de ver que Natura
Ha ya desde niña cual vieja chocheado.

Entonces se adivinaba por medio del fuego, del agua, de los simples, de las entrañas de las víctimas, de los círculos, cálculos, líneas de la mano, y por la fisonomia. Este último método se ha conservado hasta nuestros dias, y aun se ha perfeccionado: se han dejado de ver en las arrugas del rostro los

sucesos futuros; pero se ha aplicado esta ciencia á desenvolver por medio de las facciones las diferencias de genio. Semejante estudio es á veces muy divertido; y aun he notado que hay ciertas fisonomías que nunca nos cansamos de estudiar: la de V., por ejemplo, me ha hecho fisonomista, y todos los dias al contemplarla digo en estilo poco mas ó menos igual al de Lavater *:

Noto en tu tierna mirada,
Que tu corazon amante
Busca un amigo constante
Para ser por él guiada.
Cubre tu frente el candor:
Si modestia la enrojece
A tu talento oscurece
Con las rosas del pudor.
Tus labios, do Amor enreda
Juguetoncillo y travieso,
Incitan á dar un beso
Que tu vergüenza nos veda.
Es tu rostro sobrehumano
Igual al de la sultana
Que dominó, aunque cristiana,
En el imperio Otomano.
Mas de un amante dijera,
Al verte tan soberana:
"Tú fueras mi Rojelana
»Si yo Soliman naciera."

* Autor célebre que ha escrito sobre las fisonomías.

Pero volvamos á la Sibila: se la denominaba regularmente Pythonisa, á causa de sentarse para dictar sus oráculos sobre la piel de la serpiente Python. Esta piel cubria un trípode de oro macizo que habia sido encontrado en el mar por unos pescadores, quienes, despues de haberse disputado la posesion, convinieron en consultar al oráculo, y este les mandó que se le ofreciesen al hombre mas sabio de toda la Grecia. Los pescadores se le regalaron á Thalés. Unia este filósofo á las ciencias de la geometría, física y astronomía un estudio profundo de la moral, y decia: que de todos los conocimientos humanos el mas difícil era el de conocerse á sí mismo. Thalés envió el trípode á Bias, á quien miraba como superior en la sabiduría; y era en efecto un tesoro de ciencias y virtudes. Este fué quien, avisado de que pusiera en salvo sus riquezas porque los enemigos iban á dar el asalto en Prienne, su patria, respondió: 'todo lo llevo conmigo.' A pesar de la vanidad que acaso notará V. en esta respuesta, Bias tuvo la modestia de enviar el trípode á Pit-

taco, quien le hizo pasar á manos de Cleóbulo, y este á las de Periandro. Nada diré á V. en particular de estos filósofos; fueron sabios; esta es su historia. Periandro remitió el trípode á Solon, que hacia consistir la verdadera riqueza en la virtud; único tesoro que ni el tiempo ni la fortuna pueden alterar. Solon rehusó la oferta, y se la remitió á Chilos, cuya filosofía se limitaba á lo únicamente preciso, y cuya máxima era: *Nada de supérfluo*. El trípode, despues de haber pasado de este modo por las manos de los siete sabios, volvió á las de Thalés, quien le depositó en el templo de Apolo, y fué consagrado al servicio de la Sibila.

Estas eran las costumbres de los sabios de Grecia. Cuando se recuerdan los bellos dias que florecieron en esta dichosa comarca, la ternura y admiracion se dividen entre las gracias y virtudes que prosperaron en su seno, y que la barbarie desterró hace ya tiempo.

Con este motivo se menciona un proceso que hace años se halla indeciso, y que solo V. podria terminar.

Minerva, con anhelo,
Sigue pleito con Venus en el cielo;
Pues la sabia cultura
Se unió muy rara vez á la hermosura.
Son mujeres, y así será excusado
Deciros que la causa se ha fraguado
Por las atribuciones
Que compete á cada una en sus regiones.
Minerva, para afrenta,
Siete sabios de Grecia la presenta,
Y Venus, temeraria,
Las tres Gracias opone á su contraria.
El Amor, por su madre interesado,
Tan gran desigualdad le da cuidado;
Porque ya es muy sabido
Que el número mayor siempre ha vencido.
Mas yo le propusiera
El medio de vencer, como él quisiera:
Que al tribunal presente
A mi amiga, y todo está corriente.
Pues apenas los jueces te miráran
En ti sola mil Gracias encontráran,
Y para desagravio
No hallaria Minerva un solo sabio.

CARTA XIX.

LA FILOSOFIA.

He hablado á V., bella Emilia, de los filósofos de la antigüedad; y como V. no gusta saber las cosas á medias, me pregunta ahora lo que es *filosofía*. La contestacion á esta pregunta no es tan facil como parece;

> Pero mi corazon en tal momento,
> El poder conociendo de mi amiga,
> A contestar me obliga,
> Y es fuerza que discurra mi talento.

La filosofía era antiguamente el arte de bien vivir, y el título de filósofo era sinónimo á sabio y feliz. Esta filosofía era constante y universal; y aunque variaba en los medios, no por eso dejaba de caminar por el sendero que conducia al paraje donde la esperaban la sabiduría y felicidad.

Hoy dia nosotros hemos trastornado todo esto: la filosofía á la moda se funda en principios particulares que cada cual se forja á su antojo, con la facul-

tad de variarlos al primer reves de amor ó fortuna, ó bien al primer ímpetu de las pasiones (¿pues qué filósofo no las tiene?); de modo que entre nosotros hay tantas filosofías como filósofos de gran tono, y cada uno de estos adopta, reforma y restablece la suya dos ó tres veces al dia, lo que naturalmente nos conduce á la infinidad. Tal es entre nosotros la filosofía práctica.

En cuanto á la elemental, que habita el pais de los latinos *, hace tiempo que en nada ha variado, y es tanto peor para ella. Sus sectarios la alimentan con sutilezas é hipótesis, comida poco sustancial en cualquier sentido; asi es que insensiblemente se va pareciendo á la ninfa Eco, de quien solo nos resta la voz.

Diz que tiene opilacion
Esta dama displicente,
Mas flaca que penitente
En domingo de Pasion.
Su infatigable pulmon,
Que dia y noche contiende,

* Este monstruo pedantesco hace años que felizmente se halla desterrado, y solo conservamos su retrato para que le conozca la juventud, interesada en perpetuar su destierro.

El enseñarnos pretende
Unos preceptos difusos
Que á todos dejan confusos
Y ella misma no comprende.
De sus hijos el mayor
Silogismo se le nombra,
A quien sigue como sombra
El *Sofisma* embrollador.
Su lenguaje enredador
De axiomas falsos nutrido,
Sus sutilezas, su ruido
Y su furor dan espanto
A quien conserva algun tanto
De razon y buen sentido.
¿Tienes, Emilia, presente
Esos recintos famosos *
Do jóvenes revoltosos
Pasan su edad floreciente?
Pues un preceptor demente,
En uno de sus salones
Circundado de sillones,
Ocupa el mejor asiento,
Donde aguardan mas de ciento
Para escuchar sus lecciones
Habla por fin..... y se calla.
¿Qué ha dicho?.... nadie lo sabe;
Pero retumba la nave
Con gritos de la canalla.
Grande voceria estalla
Con dicterios á porrillos
Entre legos, monaguillos,
Bachilleres, charlatanes
Y presumidos galanes,
De su dama dominguillos.
Secuaces y partidarios
De carcomidos autores,

---

* Los colegios.

Perpetuos adoradores
De roidos comentarios,
Infatigables contrarios
Que nunca tienen sosiego,
Y llenos de orgullo ciego
Dar pretenden solucion
A la mas sutil cuestion
Con su latin y su griego.
Todos charlan y vocean,
Ninguno quiere ceder,
Y hasta morir ó vencer
Con lengua y pulmon pelean.
Dan gritos porque les crean,
Y llega á tal su manía,
Que probarán es de dia
Cuando brillan las estrellas:
¡Qué perifrasis tan bellas
Modula su algarabía!
Si á turba tan vocinglera
Un dia te presentára,
De su ciencia me mofára,
Hablando de esta manera:
"Para vos todo es quimera,
»Nada existe en realidad *;
»Pero al menos confesad
»Que la bella que presento
»Turba vuestro entendimiento:
»Luego existe una beldad."
Al escuchar mis razones
La academia chillaria,
Y á los dos aturdiría
Con *ergos* y *distinciones*.
De la chusma los pulmones,
Con su lenguaje infernal

* Los pirrónicos, cuyos sueños aun se ponian á discusion á fines de nuestro siglo, dudaban de todo, aun de su existencia.

Contra la *existencia real*
In barbara argumentára,
Y que tú existes negára
Con descaro sin igual.
Pero el Amor ultrajado
Sus sofismas combatiera,
Y con tu rostro venciera
Al pirrónico porfiado.
Su necio orgullo domado,
Y deponiendo el furor,
En las banderas de Amor
Se alistaría gustoso,
Teniéndose por dichoso
Si perdonabas su error.
Nuestra secta abrazaria
La caterva de doctores
Abjurando los errores
De antigua filosofía.
Yo tambien desearía
Ser de tu secta un Platon
Poniéndome en parangon
Con Sócrates y Aristipo.....
Pero siendo tú mi tipo
¿No imitaría á Solon?
Ha de ser nuestra moral
Sencilla, nada costosa,
Para el corazon gustosa
Y propia de un racional.
Concordia y humor igual
Pondremos por fundamento,
Proscribiendo el argumento
La cábala, el silogismo,
La secta del pirronismo
Y el falso razonamiento.
Pero sin dificultad
Permitiremos el uso
Del rumor tierno y confuso
Que tanto mueve á piedad,

Y mas que el de la amistad
Su lenguaje nos agrada.....
Ya lo ves, Emilia amada,
Mis máximas no son duras,
Adóptalas: ¿qué aventuras?
No seas desconfiada.

CARTA XX.

LAS PIÉRIDES, DEUCALION Y PYRRHA.

Hemos dejado á las Musas en la corte de Baco, y V. sin duda estará inquieta por su suerte:

El temor no es infundado;
Sospecho que afinidad,
Y tambien fraternidad
Ustedes han entablado:
Voy á sacar del cuidado
A la fraterna amistad.

Apenas hubo dejado Apolo la corte de Baco, cuando se presentaron en ella, seguidas de un brillante acompañamiento, las hijas de Pierus, rey de Macedonia. Habian atravesado toda la Thesalia y parte de la Grecia para venir á disputar la primacía en el cántico á las Musas. Si sois vencidas, les dijeron, nos cedereis el monte Parnaso y las floridas márgenes de la Hippocrene; y si vosotras venceis, abandonaremos los amenos valles de la Thesalia, y buscaremos un asilo en las montañas de Tra-

cia. Indignadas las Musas aceptaron el desafio, y dieron principio sus rivales.

Cantaron primero el combate de los dioses contra los Titanes, y atribuyeron á estos la victoria: en seguida celebraron en equívocos la crónica galante de las aventuras del dia, y concluyeron con algunas pastorales en romance:

Pero no en sus canciones
Usaban el acento majestuoso
A la vez que armonioso,
Que logra entusiasmar los corazones,
Ni menos ese cántico animado
Que agrada con la sátira mezclado.
En sus versos faltaba
Esa ingénua expresion de una pastora
Cuando suspira y llora,
El olvido notando del que amaba,
Y cuyo lloro, suerte y desventura
Nos llenan de deleite y de ternura.
Cantaban, cual hoy dia,
Algun trozo de música cortado,
Y por ellas glosado
Sin gracia, perfeccion ni melodía:
De los dioses la guerra sanguinaria
Les sirvió de letrilla para una aria.

De manera que las señoritas á la moda encontraron en el cántico un gusto muy delicado, y tuvieron un rato delicioso al escucharle.

Luego que concluyeron sus canciones las hijas de Pierus, Caliope sola se

encargó de responderlas. Celebró en primer lugar el fecundo poder del Señor del universo, que de un soplo anima todos los seres, y de una mirada los hace desaparecer; y despues cantó la aventura de Deucalion y Pyrrha.

'Habiéndose atraido el hombre por » sus crímenes la indignacion de Júpiter, » la Tierra se habia convertido en un in- » menso mar, y el género humano ya no » existia; hasta las mas altas montañas » habian ocultado su cima, elevando una » sola su cabeza por en medio de las » olas: este era el monte Parnaso, situa- » do entre la Attica y la Beocia.

» Por esta dilatada y líquida llanura, » entre los hombres, árboles y animales » flotantes, vagaba un débil barquichue- » lo, juguete de las ondas y aquilones. » Conducia un matrimonio feliz y respe- » table: la Virtud se salvaba del naufra- » gio con Deucalion y Pyrrha. El soplo » del huracan, ó mas bien el del Eterno, » los condujo á la cumbre del monte » Parnaso: aqui desembarcaron llenos » de temor, y, dirigiendo la vista en torno » suyo, consideraron, no sin espanto, la » dilatada tumba del género humano.

» En tanto las aguas, al retirarse, » dejaban ver las montañas, las colinas » y las llanuras mas elevadas; pero por » todas partes yacia sepultada la natura- » leza, y solo el silencio reinaba en el » universo.

» Deucalion, sosteniendo á su espo- » sa entre sus brazos, le decia: ¡Oh mi » caro bien! ¿cuál será nuestra suerte » encontrándonos solos en este mundo? » Si la llama del amor nos abrasára to- » davía, podria este desierto conocer » nuevos habitantes, y nosotros al me- » nos tendríamos un consolador que cer- » rase nuestros ojos; pero la vejez ha » helado nuestros sentidos, y solo nos » espera la muerte y soledad. Mientras » asi hablaba, se acercaron los esposos » á un templo, donde Themis pronun- » ciaba sus oráculos: aquí, apoyándose » el uno en los brazos del otro, se arro- » dillan é inclinan sus nevadas cabezas » hasta los pies del santuario; en aquel » mismo instante la bóveda se conmue- » ve, y los respetables esposos se estre- » mecen al escuchar estas palabras: *Salid* » *del templo, cubrios el rostro, y arrojad* » *por la espalda los huesos de vuestra madre.*

» Inmediatamente Deucalion, el amigo » de los dioses, interpretando su volun- » tad, cubre con un velo su cabeza y la » de su esposa, atraviesan juntos aque- » llos vastos desiertos, y arrojan por la » espalda las piedras que salen del seno » de la Tierra, nuestra madre comun. » Estas piedras, semejantes al mármol » que el artista labra, toman poco á poco » la figura humana; á breve rato se per- » feccionan sus facciones, brillan sus » ojos, su tez se anima, se agitan sus » miembros, quieren caminar..... y ca- » minan; Júpiter les dice: vivid! y ya » viven.»

Apenas hubo concluido Caliope, cuando á voz unánime le decretaron la victoria. Las hijas de Pierus se desata- ron en murmuraciones; pero repentina- mente se cubrieron sus cuerpos de plu- mas blancas y negras, trasformándose en picazas. Este castigo no pudo repri- mir ni sus quejas ni su charla.

Aun conservan su arrogancia,
Y no pueden olvidar
Su natural inconstancia,
Ni el talento de charlar
A menudo y sin sustancia.

Despues de esta victoria volvieron las Musas al monte Parnaso, donde vivieron por mucho tiempo en la mas dulce intimidad. Muchas veces, recorriendo juntas el valle sagrado en que serpentean las aguas de la fuente Hippocrene, solian encontrar á sus discípulas recogiendo flores, y las animaban á ganar la cumbre de la colina.

Un dia que se habian separado bastante de su morada, las sorprendió la lluvia, y se vieron precisadas á buscar un asilo. El tirano Pyrineo, establecido recientemente en la Phócida, vino á buscarlas y ofrecerlas una habitacion en su palacio. Las Musas aceptaron su oferta; mas apenas entraron en la habitacion cuando el tirano, mandando cerrar las puertas, trató de violarlas: entonces las Musas, trasformándose en aves, se volaron. Pyrineo para alcanzarlas se subió á una elevada torre, y al echarse sobre ellas, cayó al suelo y se mató. Nada nos dice la Fábula de lo que sucedió despues á las Musas fugitivas. Se presume que desde entonces han corrido las mas bellas comarcas del universo, y yo adopto sin escrúpulo semejante opi-

nion, porque siempre he sospechado que aun habitan algunas á orillas del rio Manzanares.

Y en tanto que yo inocente
Os describo complaciente
La historia de estas doncellas,
Fuera sin duda gracioso
Que mi labio candoroso
Se la contase á una de ellas.

Se asegura que, á pesar de la vida errante de las Musas, siempre han conservado intacta su virginidad. Algunos calumniadores han escrito, pero sin fundamento, que muchas de ellas fueron madres; adelantándose á decir que Rheso fué hijo de Tersícore, Lino de Clio, y el divino Orfeo de Caliope: y hasta han supuesto que Arion y Píndaro descienden tambien de ellas. Pero estas supuestas filiaciones son puramente morales. Si un poeta se sentia inspirado por alguna Musa, desde luego se aseguraba que esta le habia adoptado; despues ya se decia que era su hijo; en seguida alguna buena mujer sospechaba que esto podria suceder; y las mujeres discretas publicaban que asi era, que lo sabian á no dudar, que tenian pruebas seguras, que ellas lo habian visto, y que es-

taban prontas á jurar.... juraban al fin, y se escribia bajo su palabra.

Por lo demas, estos infundados rumores ajaron tan poco la reputacion de las Musas, que en todos tiempos han tenido una caterva de adoradores. Muchos emplearon toda su vida en buscarlas, y murieron apasionados de estas *damas invisibles* *. Otros sin conocerlas, y tan solo por agradarlas, acometieron las empresas mas peligrosas, elevando hasta la temeridad el heroismo.

¡Oh cuanto caballero, despojado
Del casco y armadura,
Acometió una intrépida aventura
En su amor y altivez solo fiado,
Y despues de vencido,
Para dulcificar su pena intensa,
Mereció en recompensa
De la triste figura ** el apellido!

Hasta en los banquetes se apreciaban los favores y la sociedad de estas hermanas. Los convidados comenzaban sus festines con una libacion en honor de las Gracias, y concluian con un brindis en honor de las Musas. Se las erigieron templos en todas partes, y se las

* Véase el ingenioso Romance de *El Quijote*.
** Idem.

representaba sentadas á la sombra de un laurel, dándose las manos unas á otras, coronadas sus frentes con ramas de palmera, y teniendo cada una los atributos del arte á que presidia.

Los romanos les habian elevado un templo, en el que los poetas leían públicamente sus obras. Tambien las habian consagrado otro monumento llamado la Fuente de las Musas. Pero lo que acaso admirará á V. es que esta fuente se hallaba inmediata al templo de la Fortuna. ¡Qué contraste de vecindad! Pasó mucho tiempo antes que las vecinas se conociesen; pero en el reinado de Augusto * abrieron los sacerdotes las puertas del templo á los guardas de la fuente, y estos permitieron á los sacerdotes que viniesen alguna vez á gustar sus aguas.

Las hermanas de Apolo tuvieron desde esta época entrada en la corte, y sus favoritos fueron amigos de los reyes; y no solamente brillaban al derredor del trono, sino que algunas veces

* Augusto y Mecenas protegieron y enriquecieron á Horacio y á Virgilio; no obstante, mas ganaron los protectores que los protegidos.

se escapaban para dar alivio al desgraciado en su retiro. Asi, unas veces gemian con Ovidio ó suspiraban con Tíbulo, como en otro tiempo habian llorado con Safo. Han conservado hasta nuestros dias esta sensibilidad consolatoria, y yo hago muchas veces la dulce experiencia.

Afligido de atroz melancolía,
Cuando lejos de tí morir me siento,
Busco la soledad, y en el momento
Mi Musa viene á hacerme compañía.
"¿Quién turba, ella me dice, tu alegría?
»Si de ausencia padeces el tormento,
»Deja que te acompañe en tu lamento.
»¡Es tan dulce llorar por simpatía!"
¡Ah! si yo la creyera!.... mas ¿qué digo?
¿Por consolar, á veces, no se abusa
Con nombre de amistad del triste amigo?
¿En quién podré fiar?.... No seas confusa;
Muéstrate, por piedad, franca conmigo,
Y dí: ¿podré fiarme de mi Musa?

CARTA XXI.

PHAETON.

Adorado de los hombres, querido de los dioses y favorecido de las diosas, habia llegado Apolo al colmo de la gloria y la felicidad; pero tenia un hijo, y las inquietudes no se hallan muy lejos del corazon de un padre.

Colocado en su brillante trono, y rodeado de las Horas y Estaciones, ve acercarse con pasos tímidos á un jóven mortal, cuya vista deslumbrada no puede soportar tanta claridad, y al ver á Apolo inclina respetuoso su frente. Mientras el dios del dia admira con secreta emocion sus encantadoras facciones, que no le son desconocidas, el jóven se prosterna á los pies del trono, y, con una voz interrumpida con sollozos, exclama: ¡Oh padre mio!.....

Apolo al escucharle se conmueve,
Y presume que se haya equivocado;
Mas en tanto discurre embarazado
A quién este chiquillo se le debe.

Si será de Climene ó Clycia hermosa,
O bien de Leucothoe..... mas no es dado,
Habiendo á tantas diosas obsequiado,
Con su madre acertar. ¡Duda penosa!
Mi corazon me dice que soy padre,
Y tambien lo asegura mi conciencia;
¿Mas podré, sin faltar á la decencia,
Preguntar por el nombre de su madre?

'¿Permitireis, decia el hijo desco-
»nocido, que un jóven orgulloso ultraje
»impunemente á vuestra esposa queri-
»da?.... = ¿Cuál? decia entre sí Apo-
lo. = 'Y fiel' añadia el suplicante. El
dios de la luz se impacientaba.

En tanto el mancebo, enjugándose
las lágrimas, prosiguió en tono mas ani-
mado: 'Épafo, nacido de la ninfa Io,
»se tiene por hijo de Júpiter: yo no le
»contradigo su ilustre orígen; pero el
»temerario niega con insolencia que vos
»seais mi padre, y que Apolo sea el
»esposo de Clymene.....

—'¡De Clymene!... ah, sí; yo soy tu padre:
»Tu sencillez y rostro placentero
»El candor me recuerdan de tu madre.
—'Si es cierto que la amais, por ella espero
»Conseguir sin tardanza lo que pido:
»Ultrajado en mi honor, vengarme quiero.'
—'Pues habla para ser obedecido:
»Por la Estigia laguna yo te juro
»Que serás en tus ruegos atendido.

»De Clymene abrasado en amor puro,
»A todo cuanto pida muy gustoso
»Apolo accederá, ten por seguro."
— "En esa persuasion, y deseoso
»De mostrar á los hombres mi nobleza,
»Prestadme vuestro carro luminoso,
»En él ostentaré mi fortaleza
»Y al correr de los cielos el camino,
»El mundo admirará mi gentileza."
— "¿Y quién te aconsejó tal desatino?"
— "Clymene, vuestra fiel y cara esposa,
»Que pidiera esta gracia me previno."
— "¿Y escuchas de una madre caprichosa
»Los consejos temibles que ha fraguado
»Su fantasía loca y ambiciosa?
»¿Ignoras que sus ojos ha tapado
»El amor maternal con una venda,
»Igual á la que gasta Amor alado?
»¿De los cielos conoces tú la senda?
»¿Sabrias dirigir á mis corceles
»Y en su fogosidad tener la rienda?
»Si á la voz del ginete no son fieles,
»¿Acaso evitarás que, desbocados,
»Ocasionen trastornos bien crueles?
»Abre los ojos; mira colocados
»En la bóveda azul monstruos furiosos
»De la ira mas ciega dominados.
»¿Cómo de los rugidos espantosos
»Te podrás escapar del leon fiero,
»Ni evitar los chillidos horrorosos
»De la Hidra feroz? Mostrarte quiero
»El Cancer con sus garras afiladas,
»Los cuernos enroscados del Carnero,
»El Toro con sus astas aguzadas,
»Las flechas del temible Sagitario
»Cuyas puntas están envenenadas,
»El torrente impetuoso del Acuario
»Que el celeste horizonte nos inunda

»Llevando su corriente al temerario,
»El Escorpion, cuya cabeza abunda
»De veneno sutil y ponzoñoso
»Y espanta su mirada furibunda,
»El Capricornio, al fin, tan espantoso,
»Cuya frente de cuernos coronada,
»Infunde mal agüero á todo esposo.
»Si la nube de monstruos derramada
»Por la senda celeste no te altera,
»Ahí tienes la carroza preparada;
»Pero miralo bien, retorna.... espera."

Estas razones, unidas á la persuasion paterna, hubieran sin duda contenido á Phaeton en su proyecto, si Clymene, al educar su hijo, no le hubiese trasmitido cierta tenacidad que los hombres llaman obstinacion, y las mujeres carácter.

Pero habiendo el carácter del hijo triunfado de la razon del padre, el dios del dia llamó suspirando á las Horas matutinas, quienes volaron, precedidas de la Aurora, y uncieron al carro del Sol el rápido Eoüs, el ardiente Phlegon, el fogoso Ethon y el ligero Pyrois. Phaeton, colocándose en el luminoso carro, y apoderándose de las riendas brilladeras, partió sin escuchar apenas los últimos avisos de su padre.

"En tu ruta no bajes demasiado
»Que á la tierra te acerques; ni en tu vuelo,

»De furor ambicioso dominado,
»Te dejes remontar á el alto cielo;
»Un medio buscarás, y sin cuidado
»Puedes ya caminar y sin recelo."
¡Tema el hombre elevado la caida,
Y quien se halla muy bajo la subida!

Apolo hablaba todavía, y ya su hijo discurria muy lejano por la bóveda celeste. Los impetuosos corceles, sintiéndose unas veces oprimidos, ó retenidos sin necesidad por una mano novicia, se escapaban dando botes hácia las llanuras del aire, y lanzándose otras en la morada de los Inmortales, ó precipitándose sobre el globo terrestre, amenazaban abrasar el cielo y la tierra, haciendo estremecer al mismo tiempo á Júpiter en el Olimpo, á Neptuno en medio de las aguas, y hasta al mismo Plutón en el fondo de los infiernos.

Cibeles, sintiéndose abrasar de un ardor desconocido, gime, se agita, se atormenta, y, levantando al cielo su cabeza ardiente y sus ojos disecados, dirige con voz casi apagada esta súplica al soberano de los dioses:

Si Cibeles tu saña ha merecido,
¡Oh Jove omnipotente!
Y el mortal desgraciado é inocente

En nada ha delinquido,
Despide contra mi rayos fatales
Perdonando á los míseros mortales.
Pon fin á mis dolores penetrantes,
De mi fecundo pecho
Febo los manantiales ha deshecho,
Y en muy breves instantes
Marchitó de mi rostro la frescura
Y abrasó mis cabellos y cintura.
Si siempre he de sufrir vida penosa,
Y, en continuos dolores,
Conocer de Jovino los furores
¿Qué me sirve ser diosa?
O volvedme la dicha que apetezco,
O quitadme la vida que aborrezco.

A estas palabras, compadecido el rey de los cielos de la desgraciada Cibeles, y viéndose él mismo amenazado, se levanta, coje el rayo, y con brazo formidable le arroja sobre el temerario hijo de Clymene. En tanto que los corceles concluyen á su antojo el camino del dia, Phaeton, juguete de los vientos y del rayo, se atontona y cae en el Eridano, cuyas ardientes olas conducen su cuerpo medio consumido al Océano.

¿No ve V. sobre la playa á Cygno, jóven rey de los ligurios? pues este mancebo fiel y, aunque monarca, sensible, extiende sus brazos hácia el inanimado cuerpo de su caro Phaeton. ¡Ah! si pu-

diera lanzarse sobre él y abrazarle por última vez! Pero el cielo escucha los votos de la amistad, y el cuerpo de Cygno, cubriéndose de plumas, cuya blancura anuncian la pureza de su alma, se dirige nadando majestuosamente hácia el cuerpo de su amigo, y al llegar se inclina y le cubre con sus alas extendidas. Su dolor, largo tiempo reconcentrado, se exhala al fin, y prorrumpe en un cántico tierno y lastimero cuyos acentos melodiosos repite el eco.

Mas desgraciadas que Cygno las hermanas de Phaeton, vertiendo por él copiosas lágrimas, sintieron que sus pies se enlazaban con la tierra, y que sus brazos se convertian en flexibles ramas sobre las que agitaba Céfiro la plateada hoja del álamo. Sus lágrimas, destiladas en perlas amarillas, forman el precioso ámbar que las Gracias vienen á recoger para el tocador de Venus.

Perfumes y perlas el álamo cria,
Con ellas se adorna la jóven doncella,
Los gratos olores, que marcan su huella,
Al jóven amante le sirven de guia.
Mas estos perfumes ¿qué valen hoy dia
Si son comparados al ámbar precioso
Que de madrugada tu seno medroso
En tiernos suspiros exhala y envia?

CARTA XXII.

NACIMIENTO DE VENUS.

Alegre Primavera
Sus bellezas y encantos ostentaba,
Y, por la vez primera,
En los prados risueña se mostraba
Coronando los árboles frondosos
De frutos delicados y sabrosos.
El corazon inquieto
Con la duda penosa batallaba
Sin hallar el objeto
Que su curiosidad tanto excitaba;
Triste, por no saber lo que queria,
El pesar y disgusto le afligia.
Aun no habia gozado
Los placeres de amor y galanteos;
Ni tampoco excitado
El volcan amoroso sus deseos:
Faltaba el sonreir de una hermosura
Para hacerle gustar tanta ventura.

Repentinamente la tierra se conmueve de placer, el aire fermenta, el mar hierve, cubriéndose de espuma, y Venus aparece en medio de las ondas.

Tan fresca como tímida y hermosa,
Sobre la mar inquieta y bulliciosa
Sus delicados miembros reposaba;

Apolo sus encantos admiraba,
Y el Céfiro travieso, nada esquivo,
Besaba con placer tanto atractivo.
Sus ojos la deidad pura y sincera
Eleva con rubor, y placentera
Observa el ancho mar, el sol naciente,
El cielo y claridad resplandeciente,
Cuyo brillo molesta la ternura
De sus tímidos ojos y hermosura.
Sus labios por primera vez suspiran,
Y los tiernos acentos que respiran
De su pecho nos pintan el contento
De habitar este bello firmamento:
"¿Dónde estoy? se pregunta, ¡dulce sueño!
»¡Ah placer deleitoso y halagüeño!
»¡La pureza del aire! ¡el bello dia!
»Todo respira aqui dulce alegría.
»¡Qué pais tan florido y tan ameno!
»Mas ¿qué fuego circula por mi seno?....
»Mi tierno corazon ¿por qué palpita?...."
Asi dice la bella jovencita
Dirigiendo á su cuerpo mil miradas,
Y admirando sus formas delicadas.
Mas ¡oh Jove! ¡cuál sufre su decoro
Al notar descubierto su tesoro!
A cubrirle su mano se apresura,
Y no puede ocultar tanta hermosura;
Mas el Céfiro tierno y compasivo,
Temiendo que otro goce su atractivo,
Forma la densa nube, y presuroso
El pudor virginal cubre celoso.

Este mismo dios, colocándola en seguida en una concha marina, la condujo á la isla de Chipre, donde la esperaban las Horas para encargarse de su educacion.

Eran las Horas hijas de Júpiter y Temis; mas, á pesar de su fraternidad, habia en sus caractéres muy poca semejanza, lo mismo que en su figura. Todas tienen alas y recorren succesivamente el mismo espacio; sin embargo,

No todas caminan con pasos iguales.
La Hora penosa de estar esperando
Con pasos tardíos prolonga los males;
La *Hora del gozo* se pasa volando;
Cubierta la frente de angustias mortales
La *Hora de penas* se queja llorando;
En vano se pinta las dichas agenas,
Ni calma su llanto, ni alivia sus penas.
Del *grato recuerdo la Hora* ligera,
A darla consuelo veloz se apresura,
La muestra sus gracias y faz placentera,
Y calma sus lloros y triste amargura.
Asi muchas veces mi seno se altera
Al verse lejano de vuestra hermosura;
Mas luego recuerdo tu grata presencia
Y ahuyento pesares de incómoda ausencia.

Las Horas presidian en aquellos tiempos, como hoy dia sucede, á los placeres, á las penas, á las esperanzas, á las citas, á los estudios, á las artes nacientes, y sobre todo á las cuatro Estaciones del año. Ya ve V. que nada se hacia sin ellas; pero desde el instante en que Venus salió á luz dejaron caminar al mundo como quisiera, y volaron

á la isla de Chipre, donde se fijaron para educar á la Belleza. Parece que estas ligeras divinidades fueron antiguamente capaces de constancia; mas hoy dia ¡cual han mudado!

Ya los tiempos de plácida ventura,
En que las Horas su mansion fijaron
Al lado de las Gracias y Hermosura,
Para siempre volaron.
Hoy el Amor intrépido y tirano
A mi alma su fuego comunica
Y, al verme con Emilia mas ufano,
Sus alas multiplica.

CARTA XXIII.

EDUCACION DE VENUS.

Ya presumirá V., Emilia amada, que la educacion de Venus seria muy distinta de la que hoy dia se da á nuestras cortesanas. Nada menos se trataba que de formar una bella sin orgullo, amable sin afectacion, instruida sin presuncion, y que al mismo tiempo fuese amiga discreta, amante fiel, esposa virtuosa y buena madre. Bajo estos principios, nada semejantes á los nuestros, formaron sus maestras el plan de instruccion, y le ejecutaron poco mas ó menos de este modo:

Cuando Febo empezaba su carrera
La *primer* Hora á Venus despertaba,
Y dejando las sábanas ligera,
Con el dios de la luz se levantaba.
Su rubia y descompuesta cabellera
La *segunda* solicita arreglaba,
Y en tanto que las flores la ponia,
Asi, con mucho modo, la decia:
"Desprecia los afeites; una hermosa
»Jamas necesitó de compostura.
»Sé modesta, sencilla y vergonzosa,

»Que el pudor sienta bien á la hermosura;
»Tus encantos oculta cuidadosa
»Con sencilla y espesa vestidura:
»El santuario de Amor es un tesoro
»Que debes encubrir con el decoro."

La *tercera* despues la prevenia
Dulce miel, fresca leche y fruta sana.
La cuarta en el hablar la dirigia,
Instruyendo á la nueva soberana:
"Habla poco y á tiempo, la decia,
»Sin mostrarte erudita cortesana:
»El lenguaje que dicta la prudencia
»Nunca puede causar impertinencia."

A su corazon tierno y delicado
Le exortaba la *quinta* á la firmeza:
"Adora, la decia; mas ¡cuidado!
»No abuses para amar de tu belleza;
»Escoje un solo amante de tu agrado,
»Sin dejarte llevar de la flaqueza
»De tener á la vez mucho querido:
»Tu reposo hallarás con un marido."

La *sexta* proseguia: "La ternura
»Prefiere de un amigo verdadero
»A la firmeza que el amante jura:
»El Amor con la edad vuela ligero,
»Y la dulce Amistad por siempre dura.
»¡Qué placer gozarás mas lisonjero,
»Cuando, llena de penas, confiares
»Al amigo callado tus pesares!"

Las tres Horas siguientes la instruian en los deberes de la humanidad, de la fe conyugal y de la maternidad, repitiéndola á su vez:

"Nunca faltan mortales desgraciados;
»Pero Jove clemente

»No se olvida jamas del indigente,
»Y sus penas alivia y sus cuidados:
»Socorre tú tambien á la pobreza
»Y será mas amada tu belleza.
»¡Oh qué dulce placer experimenta
»Nuestro sensible pecho
»Cuando los males aliviar intenta
»Del mendigo que yace en duro lecho,
»Y solo, á su miseria abandonado,
»Vendria á perecer desesperado!
»Allí, sus infortunios consolando,
»Y á su triste lamento
»Tus suspiros y lágrimas mezclando
»Su pena calmarás y su tormento,
»Y con gozo verá que tu hermosura
»Une la caridad á la ternura.
»Ni ¿quién puede aliviar mejor los males
»Del hombre desgraciado
»Que la bella con ojos celestiales?
»¿No sentirá tu pecho mas agrado
»En socorrer al mísero afligido
»Que en contar los amantes que ha rendido?

»Cuando tu corazon tierno y constante,
»Mejorando la suerte de un amante,
»De esposa pronunciare el juramento,
»Nunca pase momento
»Sin hacerle feliz y venturoso;
»Mírale cual amigo y cual esposo.
»Si de pena terrible devorado
»En tus brazos desea ser curado,
»De su seno destierra los disgustos,
»Y que libre de sustos
»Goce su corazon la dicha pura
»Respirando á tu lado la ventura.
»Mas si un dia, olvidando tus caricias,
»Buscáre en otro amor nuevas delicias,

»No le pongas delante su flaqueza
»Con gritos ni aspereza:
»Procura que tu vida virtuosa
»Enmiende su conducta vergonzosa.
»Y si logras curarle su locura,
»Entonces, mas que nunca, ten cordura;
»Y, olvidando sus pérfidos agravios,
»Escuche de tus labios
»Que aun conservas amor al caro esposo,
»Y que tu corazon no está celoso.
»Para amar, quiere el hombre ser amado,
»Estudia su carácter con cuidado;
»A sus celos oponle tu inocencia,
»Y al furor la paciencia:
»Suplica y lograrás; y no te asombre
»Que el amor y dulzura vence al hombre.

»Si en la edad del agrado
»Consiguieres de madre la ventura,
»No niegue tu ternura
»El sustento precioso al hijo amado:
»Aliméntale tú, que madre agena
»La razon natural odia y condena.
»Los deberes costosos
»Que manda la Razon á los mortales
»Causan en vez de males
»Contentos y placeres deliciosos.
»¿No pasarás un rato interesante
»Al verte acariciar del tierno infante?
»Tu corazon propicio
»¡Qué placer sentirá cuando gozoso
»Extraiga cariñoso
»De tus pechos el jugo alimenticio!
»Solo tú gozarás de su ternura,
»De su mudo lenguaje y hermosura.
»En su bello semblante
»Notarás de su padre las facciones,

»Y tantas perfecciones
»¡Cuál harán palpitar tu pecho amante!
»Al fin verás crecer el fruto amado
»De la flor que tu seno ha sustentado."

Asi es como disponian el corazon de la jóven educanda sus sábias directoras hasta el momento en que la Hora del sacrificio la conducia al templo:

En él ante los dioses inclinaba
Con respeto y candor aquella frente
Que la rosa y el mirto coronaba;
Presentando en seguida reverente
Las dádivas humildes que llevaba,
Y ofreciendo á Jovino omnipotente
Su corazon sencillo, mientras tanto
Que ardia en el altar el fuego santo.

La Hora siguiente la conducia á un cenador cubierto de mirtos, en el que,

Disfrutando del bosque la frescura,
Junto al manso arroyuelo recostada,
Hallaba la comida preparada
Que de antemano sazonó Natura.
Del sitio la fragancia, la verdura
Y la flor entre mirtos enlazada
Anunciaban á todos la morada
De la diosa de amor y de hermosura.
A tan gratos festines presidia
La Temperancia, la Franqueza amable,
La juguetona y plácida Alegria,
Y la Frugalidad, hija apreciable
De la Razon, y madre cariñosa
De Sanidad robusta y venturosa.

Se apoderaban despues de Venus la

Hora del paseo y la del trabajo, y muchas veces

Con sus compañeras al prado marchaba,
Pisando las flores que el suelo cubrian;
A veces su planta la flor estropeaba,
Mas otras mejores despues renacian.
De vuelta la aguja de Palas tomaba,
Y mil perfecciones sus manos hacian,
Mezclando con arte el dulce recreo
Al grato trabajo y al útil empleo.

Las Horas que seguian daban la señal para que comenzasen las danzas y conciertos, y en tanto que Ciprina danzaba la repetian sin cesar:

Nunca finjas donosa gallardia
Por el bien parecer, que los mortales,
Aun mas que la supuesta bizarria,
Apetecen las gracias naturales:
Cuanto mas engalanes tu figura
Tanto mas desmerece tu hermosura.

Cuando la diosa descansaba, se solia oner á su lado una de las directoras, y, haciéndola notar el gozo que animaba á la asamblea, la decia abrazándola:

¡Cuál echarás de menos,
En habitando la mansion celeste,
La danza y canto agreste
De estos prados amenos!
¡Ah! si tal sucediere, vente luego
A gozar los placeres inocentes
De nuestra soledad, yo te lo ruego.
Al lado de estas fuentes,
Do las flores renacen á porfia,

Cobrarás la alegría
Que jamas en la corte habrás gustado;
Y el susurro halagüeño
Del arroyo que riega el verde prado
Inspirarte sabrá tranquilo sueño.
Tu corazon en este sitio hermoso
Respirará gozoso,
Recordando con plácida dulzura
Los tiempos de placer y de ventura.
Tu vista admirará delicias tantas
Y verá renacer bajo tus plantas
Las flores y verdura.
El cielo mas sereno
Alejará la nube borrascosa,
Y la floresta umbrosa
Ostentará follaje mas ameno.
Céfiro soplará con mas dulzura,
La Náyade será mas fresca y pura;
Aquí se templará tu desconsuelo,
Encontrando la fuente de ese llanto
Que no se halla en el cielo;
Y cuando ya no sientas el encanto
De tantas perfecciones
De menos echarás nuestras mansiones.

La Hora del concierto interrumpia estos entretenimientos. Es probable que el arte de cantar se encontraria entonces lejos de su perfeccion, porque Venus se limitaba á expresar con alma el amor, el placer ó la tristeza, sin unir á su expresion el juego de ojos, ni las contorsiones, ni los esfuerzos de garganta; y, lo que sin duda parecerá increible, pronunciaba con claridad y cantaba para

los que se dignaban escucharla. Ya conocerá V. que despues de tan antiguas ridiculeces sus canciones serian muy sencillas, sin que merezcan compararse con las obras maestras de los modernos Anacreontes. Vea V. unos cortos fragmentos que me he atrevido á traducir para que forme V. alguna idea.

Ninfa, cuyo amor se mira
En tus ojuelos pintado,
Y cual el cielo azulado
Sin deslumbrar nos admira:
Si prometiste ser fiel,
Sé cariñosa y constante
Para que guste tu amante
La suavidad de la miel.
La seductora dulzura
De la promesa fingida
Al ajenjo es parecida
En su sabor y amargura.
Recibe lloros de amor
Que ocasionen tus encantos,
Como de aurora los llantos
Recoje la tierna flor.
Mas no siempre á sus deseos
Has de acceder bondadosa:
Guárdate de ajar tu rosa
Con juveniles recreos.

Acabado el concierto seguia una cena frugal y campestre, y despues conducia á Venus la última Hora del dia á una gruta entapizada de cesped, donde Morfeo cerraba sus párpados.

Las Horas nocturnas los sueños llamaban
Y al lado de Cipre ligeros volaban.
Cual jóven, hermosa, sensible y doncella,
En medio sentada de su corte bella,
Soñaba que solo tenia un amante
A quien adoraba sin ser inconstante.

Despues que por algunos años hubo recibido la discípula de las Horas esta educacion, se encontró tan instruida en todo lo necesario, que los dioses desearon verla, para asegurarse por sí mismos de la verdad de cuanto la Fama publicaba. Los envidiosos desde luego aseguraron que habia muchas Venus, cuyas gracias y mérito se atribuían á una sola, y este error de tal modo se perpetuó, que cinco ó seis mil años despues nos le ha trasmitido Ciceron. Pero es preciso perdonarle, porque las mujeres perfectas hacen en nuestros dias tantos incrédulos como hacian en su tiempo.

Si tal caterva viniera
A contemplar la figura,
Los talentos y hermosura
De mi Emilia placentera,
Ya me parece los viera
Con descaro sin igual
Dividirse cada cual
En diversas opiniones,
Negando las perfecciones
Del conjunto personal.

CARTA XXIV.

CINTURON DE VENUS.

Apenas habria cumplido Venus catorce años cuando ya la corte celeste la envió á llamar. Su presentacion en el Olimpo no fué nada parecida á la que hacen hoy dia nuestras duquesas en la capital; hasta los preparativos fueron muy diferentes, pues en el Olimpo solo presidió la Naturaleza, y entre nosotros es el Arte el que preside.

Tiene Eglé catorce años,
Y ya sabe del mundo los engaños;
En colegio educada
Aprendió á ser coqueta refinada.
Tres años ha que su espaciosa frente
De rubor se cubria, y al presente
No muda de colores,
Gracias á sus adornos y primores.
Sus ojos, que son vivos,
Y al presente nos miran tan esquivos,
La falsedad descubren
Que sus miradas tímidas encubren.
El negro de sus cejas es pintado,
Y lo mismo su rostro sonrosado,

Pues en ella ya el Arte
Mas que Naturaleza tiene parte.
Toda se vuelve rizos
Cubierta de melindres y de hechizos;
Una diosa parece,
Mas no la que imitar ella apetece.
Céfiro, ¿quieres ver esta belleza?
Pues tus alas agita con presteza,
Corre, ven á su lado
Y verás una bella de prestado.
Pero deten tu aliento,
No lleves su belleza con el viento;
Y tú ¡Sol luminoso!
Templa tu fuego vivo y caloroso,
Y para conservar esta hermosura
Cubre tu frente con la nube oscura;
Porque si no presumo
Que evapores sus gracias como el humo.
¡Oh qué trasformaciones
Obras en las supuestas perfecciones
Cuando por el verano
Con tus rayos nos hieres muy de plano!
¡Cuántas veces he visto convertido
En amarillo el bello colorido,
Y los rostros preciosos
En mascarones feos y espantosos!

Aun no se conocia este arte impostor en el primer siglo del mundo; entonces

La jóven doncella
Por parecer bella
Jamas se pintaba,
Ni menos mudaba
En un solo instante
De tez, de semblante,
De talle y peinado;
Tan solo de agrado

Su rostro cubria,
Y así se sabia
Cual era su edad:
¡Oh falso disfraz,
Cual reinas hoy dia!

Al abrir la Aurora las puertas del dia en que Venus debia presentarse á la corte celeste, dejó su tranquilo sueño la deidad, y, colocándose al márgen de la onda pura de un arroyuelo, ciñó con una corona de mirtos las trenzas flotantes de su cabellera ante este sosegado tocador. Unos aseguran que su cabello era negro, otros que era rubio, y yo casi estoy por asegurar que estos dos colores mezclados entre sí sobre su frente formarian un matiz que reuniese la gracia seductora de las morenas y la voluptuosidad de las rubias,

Y trasmitiria
Con su rostro hermoso
La melancolía
Y el fuego amoroso,
Cual tú, Emilia mia.

Entonces fué cuando la Naturaleza regaló á Venus ese cinturon divino y misterioso que á poco tiempo trastornó la cabeza á todos los dioses, y que despues ha trasformado en pequeños á tantos grandes hombres.

Grabado en él estaba el dios Cupido
Por la grata Esperanza conducido,
La Confesion humilde y vergonzosa,
La Resistencia blanda y amorosa,
El Placer juvenil y los Recreos
Que acarician huyendo á los Deseos,
El Deleite sensual con sus encantos,
La Languidez seguida de los Llantos,
La suave Intimidad, los Juramentos,
Los Suspiros, Congojas y Lamentos,
Los Caprichos, la loca Fantasía,
Y la Paz amistosa le seguia.

Todo esto se hallaba grabado en el lado derecho del misterioso ceñidor; pero en su reverso

Las Furias terribles habian trazado
Las negras Sospechas, el Odio, Perfidia,
La fea Venganza con rostro exaltado,
Las viles Traiciones, la Infamia y la Envidia.
Los pálidos Celos estaban al lado
Mostrando en su rostro la Rabia y la Insidia,
Y al necio Cariño, fingido, inconstante,
Quitaban el velo del falso semblante.

No podré asegurar á V., hermosa Emilia, si aun existe hoy dia este peligroso talisman; sin embargo, como la mayor parte de los hombres se queja de sus efectos, puede ser que haya llegado hasta nosotros por una fatal tradicion.

Y yo creo que el Amor,
Del Himeneo celoso,
Tan solo muestra al esposo
El revés del ceñidor.

Mas, sea lo que fuere, luego que Venus se puso este adorno divino, ninguno otro quisieron añadir las Gracias, persuadidas de que á la edad de la diosa la compostura mas sencilla seria la mas seductora. En efecto,

Nunca sienta mejor á la hermosura
La sencillez y agrado
Sin usar de afectada compostura,
Que cuando de la infancia se ha pasado
Y aun siendo adolescente
Se goza de la edad mas floreciente.
Aquella ingenuidad noble y sencilla,
La frente candorosa,
El color sonrosado en la mejilla,
La vista, de mirarnos temerosa,
Los labios que jamas dicen mentira,
Todo encanta, seduce y nos admira.
Emilia de esta edad aun no ha salido,
¿Si verá en mi pintura
De su imágen el bello colorido?
Pintor novel, trazando su figura,
Temo echarla á perder ó ser tachado
De adulador, cual hombre enamorado.
¡De adulador!.... perdona, Emilia grata,
Mi orgullo presumido;
Que si mientras mi Musa te retrata
Por tener un momento divertido,
De ciega aduladora se la acusa,
Tu bello original sirve de excusa.

CARTA XXV.

VENUS PRESENTADA A LA CORTE CELESTE.

Ya se hallaba reunida la corte celeste para recibir á la hija del Océano, y en tanto las diosas, mostrando la inquietud en su sonrisa, murmuraban entre sí de esta manera:

Es muy jóven, segun la fama dice.
—¿Será bella?—Así, cual toda niña;
Educada por siempre en la campiña,
Del aire lugareño no desdice.
Son groseros y toscos sus modales,
El corazon bisoño, y tan novicio
Como su inteligencia y poco juicio;
De simpleza sus risas dan señales:
Mas con unas lecciones que la demos
Enmendarla quizá conseguiremos.

Aun hablaban todavía cuando Venus se presentó. Su talle divino, su aire noble y majestuoso, sus ojos azules, ornados de poblada ceja, sus rubios cabellos flotando sobre el alabastro, sus modelados contornos, obra maestra de la

Naturaleza; sus labios cubiertos con las rosas del pudor, su modesto embarazo, sus gracias angelicales, y su deleitoso abandono, encantaron á todos los dioses y desconcertaron á las mismas diosas. ¡Cáspita! dijeron estas, mordiéndose los labios:

"Vamos que la tal mozuela,
»Para ser una villana,
»Tiene aire de cortesana;
»Es cierto que desconsuela
»Su traje desaliñado:
»Pero no, no es mal bocado."

Júpiter entonces, sonriéndose con ternura, la dijo abrazándola: "Ven, hija » querida, ven á ceñirte la corona que » te tengo destinada. Juno participa con- » migo del trono celeste; Palas ocupa el » de la Sabiduría, y á ti te espera el de » la Hermosura."

Todos los semblantes de las diosas se demudaron al escuchar estas palabras; mirábanse unas á otras con amarga sonrisa, encogiéndose de hombros y retorciéndose los dedos: si entonces se hubieran estilado los abanicos ni uno solo habria escapado libre de sus manos. A escondidas se daban de

codo y murmuraban por lo bajo:

"Jove sin duda chochea.
»¡Vaya que la jovencita
»Presumirá que es bonita!
»Y aunque la tonta lo crea,
»Como ninguno la adora,
»Por experiencia lo ignora."

Júpiter en tanto colocó sobre la cabeza de Venus una corona de mirto, y de buena ó de mala gana fué preciso aplaudirla, viéndose en la necesidad de mostrar interés y satisfaccion al propio tiempo. Las diosas se portaron á las mil maravillas, pues, desde tiempos remotos, ha habido en la corte rostros que saben adaptarse á todas las circunstancias. Cipre se hallaba confusa, viéndose rodeada de mujeres que se sonreian con ella y la decian abrazándola:

"Ven á mis brazos ¡ídolo precioso!
»Dechado de las gracias y hermosura,
»¿A qué muestras el rostro vergonzoso?
»¿La verdad te incomoda por ventura?
»¡Qué corazon tan noble y generoso!
»¡Qué modestia! qué porte! qué cordura!
»Mas ¡ah! tú ya conoces, picarona,
»Que merece tu frente una corona."

Despues se decian al oido:

"Aunque parece discreta,
»Es mucho mas orgullosa:

»Ved cual rie la mimosa,
»La presumida y coqueta.
»Mas la ironía sigamos,
»Que, como inocente y necia,
»La lisonja no desprecia
»Y cree cuanto digamos."

Estas confianzas sospechosas alarmaron á Venus, que con ojos inquietos observaba á las diosas; mas estas, componiendo su semblante, decian acariciándola:

"¿Escuchabas, niña hermosa?....
»¿Y qué, te enojas por eso?
»Ten un poquito de seso,
»No seas tan quisquillosa.
»¡Qué jóven tan cariñosa!
»Vaya, ven, danos un beso:
»De tu ternura el exceso
»Bien muestra que eres juiciosa."

Considerando este marcado despique de las Inmortales, ya adivinará V., Emilia, que en breve llegaria Cipre á posesionarse del corazon de todos los dioses. Asi fué en efecto; poco tardó en ser el único objeto de sus amores y rivalidades: Marte y Vulcano trataron de agradarla, y este último, que no era el mas amable, fué el mas afortunado.... ¡Afortunado!.... yo deliro; ¿de qué sirve la mano sin el corazon de la que se ama?

CARTA XXVI.

VULCANO.

Vulcano, único hijo legítimo de Júpiter y Juno, nació tan deforme, que su padre, no pudiendo sufrir su fealdad, le arrojó del cielo. El aborto celeste anduvo rodando un dia entero por la region del aire, y de torbellino en torbellino, llegó de noche á la isla de Lemnos, donde los habitantes le recibieron tan á propósito, que solo se rompió una pierna. Las ninfas del mar se encargaron de su cuidado y educacion; pero al fin quedó cojo de la caida.

La Naturaleza, que le habia negado las gracias exteriores, le prodigó los dones del talento. Desde su mas tierna infancia estableció en las montañas de Lemnos fraguas inmensas, y allí se pulimentaron por primera vez el oro, el hierro y el acero. Á poco tiempo construyó nuevos obradores en las cavernas del monte Etna, donde trabajaba sin

cesar con sus negros Cíclopes. Los principales se llamaban Brontes, Stéropes, Pyracmon y Polifemo; eran estos gigantes hijos del Cielo y de la Tierra, aunque otros aseguran fueron sus padres Neptuno y Anfitrite; pero ninguno de ellos tenia mas de un ojo en medio de la frente. Sus nerviosos brazos manejaban sin cesar pesados martillos, con cuyos golpes hacian retemblar al Etna, que vomitaba por sus vastos respiraderos una llama negra y abrasadora. Finalmente, el hijo de Júpiter llegó á forjar el rayo, y aun se asegura que su caverna es el arsenal del trueno.

Por esto rindo gracias á Vulcano;
Pues si tu corazon empedernido
Rehusa dar oido
A mis justas demandas inhumano,
El relámpago envia, y tú medrosa,
Ocultando tu rostro demudado,
Te acercas á mi lado,
Y mis votos escuchas cariñosa.
Crece con la borrasca tu ternura,
Y si entonces la bóveda estallára,
Con Jove no cambiara
Mi suerte afortunada y mi ventura.
¡Cuan corta la borrasca me parece!
Mas Céfiro volando se presenta,
La tempestad ahuyenta
Y con ella el placer se desvanece.

Los talentos de Vulcano eran ya bastante celebrados, cuando los Titanes pretendieron escalar los cielos. Viéndose Júpiter abandonado de todos los dióses, recurrió á su hijo, y este, olvidando el modo grosero con que le habia despedido, le forjó los rayos que exterminaron á los Titanes. Reconocido Júpiter á este importante servicio, acogió á Vulcano en su palacio y le restableció en todos sus derechos. Pero el dios paticojo, queriendo vengarse de Juno que tan horrible le habia engendrado, la regaló un trono de oro, en el que, sentándose la diosa, quedó aprisionada por medio de resortes invisibles. Juno se quejó amargamente de esta injusticia, y para desenojar al hijo le decia:

»Veo tu fealdad, hijo querido,
»Y me causa tormento muy terrible;
»¿Mas acaso de que hayas tú nacido
»Tan deforme, tan feo y tan horrible,
»Culparás á tu madre solamente?
»¿Tu padre no será tan delincuente?

Sorprendido Vulcano con esta justa reconvencion, puso en libertad á Juno, y se dirigió en busca de Júpiter,

á quien pidió para esposa á Minerva. El rey de los cielos la hizo llamar inmediatamente, y, presentándola á su heredero presuntivo, la dijo:

"El instante se acerca placentero
»De rendir á Himeneo tu cabeza;
»Ya es tiempo que depongas tu fiereza
»Y á la Ciencia le des un heredero.
»Aquí tienes un hijo que te adora,
»Y si logra tu amor, será dichoso;
»Ya conoces su ciencia creadora,
»Pues ninguno le iguala en lo ingenioso:
»Accede sin temor al casamiento,
»Y unirás á las Artes el Talento."

Minerva, que hasta entonces habia prometido conservar ilesa su virginidad, á vista del pretendiente se sintió mas que nunca inclinada á cumplir su promesa, y en su consecuencia recordó á Júpiter el irrevocable juramento que la habia prestado de no disponer jamas de su mano; pero el monarca celeste la respondió:

"Por la Estigia laguna he prometido
»No forzarte jamas al himeneo;
»Mas ¡qué! ¿por acceder á tu deseo
»Habré de los sucesos respondido?
»¿No temiera, mirando ese semblante,
»Ver hollado mi voto á cada instante?
»Ya sé que la Belleza, si es prudente,
»Cuando ve decaer su fortaleza,

»Para dar colorido á su flaqueza,
»Se rinde al vencedor gustosamente.
»Y asi ya es ocasion, cara Minerva;
»De Vulcano resiste el vivo fuego.
»Y tú, hijo feliz, disponte luego
»A emprender la conquista mas acerba."

Vulcano, para triunfar de Minerva, en vez de interesarla ganando su corazon, se portó con ella como un chapucero. La diosa supo defenderse con valor de todas sus violencias, y de este amor infructuoso nació Erichton, quien, para ocultar sus piernas de serpiente, inventó los carruajes, cuyo uso se ha renovado en nuestros dias.

Para consolar á Vulcano en sus desgraciados amores, le colmó de honores el monarca celeste, y le nombró dios del fuego. Se le edificaron muchos templos, en los que se le representaba recostado sobre un yunque, y á sus pies el águila de Júpiter, dispuesta á llevar los rayos. Su templo mas celebrado era el del monte Etna, á donde ninguno se podia acercar sin hallarse puro y casto. La guardia del santuario estaba confiada á ciertos perros que, por un instinto milagroso, acariciaban á los hombres de bien, y devoraban á los hipócritas. Si

tan fieles guardianes vigilasen todavía las puertas de nuestros templos,

¡A cuantos hipocritones,
A pesar de los rosarios,
Ayunos y procesiones,
Al entrar en los santuarios
Morderian los talones!

Con el tiempo se instituyeron fiestas en honor de Vulcano, y los atenienses, para celebrarlas con mayor pompa, establecieron los ejercicios de carrera, llamados *Lampadophories* *, y propusieron premios á los vencedores. Llevaban los concurrentes antorchas encendidas, y aquel que dejaba apagar la suya antes de llegar al sitio señalado, se la cedia á su émulo, y se retiraba.

Lo mismo entre nosotros acontece
Cuando Himeneo con Amor va junto:
La tea del Amor se apaga al punto,
A Himeneo la entrega, y desparece.

Por toda la tierra se extendia el culto de Vulcano, y se multiplicaban en sus manos las obras maestras. La vanidad y el amor que profesaba á las bellas artes le libertaron al fin de las inquie-

* Lampadophorie significa *porta-llamas*.

tudes que otro sentimiento mas dulce le habia causado. Ya se prometia interiormente no dar otra vez oidos á su corazon; pero Venus se presenta, y sus propósitos se desvanecieron. Tal es, Emilia, la suerte de los mortales y dioses, y tal es acaso la vuestra.

A pesar de la timida tibieza
Que muestra tu semblante,
En tu pecho asestó Naturaleza
De Cupido la flecha penetrante.
Tus lánguidas miradas,
Tus suspiros y gracias marchitadas
Nos dicen claramente
Lo que sufre tu pecho interiormente.
Nos ocultas tu lloro y desconsuelo;
Y cual la tierna planta,
Abrasada del sol, se inclina al suelo,
Asi tu lozania se quebranta.
¡Ay, Emilia preciosa!
Las artes que cultivas afanosa,
No llenan el vacio
De la edad que se pasa de tu estio.
Tu corazon, privado de alimento,
Suspira enternecido
Por el dulce y sabroso sentimiento
Que en él Naturaleza hubo esculpido.
Alimentarle quieres
Con el humo de gloria y los placeres....
¡Ah, jóven candorosa!
¿No ves que lo que pide es otra cosa?

CARTA XXVII.

MARTE Y VENUS.

Alarmado el dios Marte de ver el interes que Júpiter se tomaba por Vulcano, trató de ganar al menos por astucia el corazon de Venus, ya que por su crédito no le podia obtener. Sabiendo que la vanidad es frecuentemente el móvil del corazon de una mujer, y que siempre el esplendor brillante halaga á la vanidad, se presentó á Venus rodeado del formidable aparato de su gran poder. Iba sobre una carroza de acero, tirada por dos fogosos corceles, cuyas crines erizadas, los ojos encarnizados, cubierta de sangre la espumosa boca, y sus narices respirando venganza, manifestaban el nombre que tenian: el Miedo y el Terror. En la delantera de la carroza iba sentada Belona, con la vista airada, desmelenados sus cabellos, sosteniendo con una mano las riendas y con la otra un látigo ensangrentado. El dios cubria su frente con un casco

de oro que remataba en un penacho, y se apoyaba con firmeza sobre su lanza. Sus nerviosos miembros se hallaban revestidos de una armadura de brillante acero; y su brazo izquierdo, presentando un ancho escudo, descansaba en la empuñadura de la espada. El orgullo, la ferocidad, la impaciencia y la rabia se manifestaban á la vez en su tosco y atezado semblante, haciéndole fruncir sus negras cejas. La Discordia y el Furor, con ojos saltados, frente pálida y cárdena, armados de un puñal y teas abrasadoras, acompañaban la carroza, llevando en pos de sí á la Inocencia y á la Debilidad cargadas de cadenas. La Desesperacion, las Quejas y la Miseria, con sus miembros desgarrados y cubiertas de negros velos, seguian con paso medroso y cerraban la marcha. Venus, mas bien asustada que lisonjeada con semejante aparato, se huyó precipitadamente; pero su amante la sigue, y, deponiendo á sus pies armas y orgullo, le dice:

"¡Huyes asi de mí, descaminada,
»Apartando la vista horrorizada
»De un dios que, por amarte,
»Sus armas y poder quiere mostrarte!

»¡Ay de mi! si te asusta mi figura
»No pagues con el odio mi ternura.
»Pues por un sentimiento mas humano
»Que el del Amor tirano
»Me veo conducido por mi suerte
»A nunca aborrecerte:
»De una flor * delicada yo he nacido
»Y es tu rostro á mi madre parecido."

Ya ve V., Emilia, que los antiguos héroes amorosos hacian madrigales tan bellos como los Amadises y Rolandos. Venus, encantada de oir cosas tan lindas, se sonrió, prestando atencion; Marte sostuvo por algunos instantes su estilo amoroso, obteniendo en recompensa una dulce mirada. Seguro entonces de la victoria recobró su tono militar, diciendo:

He sabido, señora, que Vulcano,
Persiguiendo mis huellas atrevido,
Solicita la mano
De la bella que adoro consumido.
Mas, que venga.... que venga y se presente
Al toque de tambor ** el imprudente,
Y su fin hallará..... ¡tema el osado!
Solo yo quiero ser idolatrado.....

---

* Véase la carta VI.

** Algunos críticos juiciosos encuentran en esta expresion un anacronismo, pues dicen que en aquel tiempo aun no se conocian los tambores. Me remito en este punto capital á la decision de D. Hermógenes.

¡Ah, mi bella! perdona si te ofendo;
¿Por qué tus vivos ojos
Me miran con furor?.... Yo no pretendo
Que te causen disgusto mis enojos.
No en vano presumia
Que hubiese disension el primer dia.....
Pero ¡qué! ¿no perdonas mi delirio,
Y querrás, cual mimosa cortesana,
Hacer interminable mi martirio?
Pues bien: ya lo lograstes, inhumana.
Adios, que Primavera se apresura,
Conduciendo al combate sanguinario,
Y el tiempo no me deja necesario
A mostrarte mi amor con mas finura.
Mas ya que mútuamente nos amamos,
Y tan bien uno y otro congeniamos,
Jurémonos cariño y fe constante:
Cuando gustes iremos adelante.

Venus se encontraba en un estado de temor é incertidumbre inexplicable al ver el tono de seguridad y la volubilidad de su amante. Retiraba con trabajo sus manos trémulas, que Marte no se hartaba de besar, y componia avergonzada sus cabellos y velo desordenados, hasta que por fin se atrevió á suplicar á su amante la dejara un momento sola para reflexionar. Entonces Marte, echándose á sus pies, le dijo:

"Lo conozco, tu amor lograr no puedo,
»Y sabré conformarme con mi suerte;
»Mas, solo diez minutos te concedo,
»Y dispon de mi vida ó de mi muerte."

Al concluir estas palabras se ausentó bruscamente, y Venus, retirándose á su retrete, se fué sosegando poco á poco hasta recobrar sus sentidos.

Júpiter en tanto, sabedor de las persecuciones de Marte, apresuró el matrímonio de Vulcano, á cuyo fin despachó secretamente á Mercurio al templo de Himeneo, por ser allí necesaria su presencia..... Mas, antes de contar lo que allí pasó, es forzoso le hable á V. de este dios y de su templo, cuyos detalles sin duda agradarán á V.

Pues este dios Himeneo
Es un señor, segun creo,
De quien muchos se han quejado;
Es un pérfido, un traidor
A quien niña con amor
Apetece ver al lado.

CARTA XXVIII.

EL HIMENEO.

Sin duda espera V., amada Emilia, encontrar en esta carta la genealogía de Himeneo; pero se lleva V. chasco, por cuanto nada puedo decirle con verdad tocante á la familia de este dios. La mayor parte de autores le hacen hijo de Venus y Baco, y por consiguiente hermano uterino del Amor. Si esta opinion fuese cierta, probaria concluyentemente la verdad de aquel antiguo proverbio: *Rara concordia fratruum*. Quizá me preguntará V. cuál es el sentido de esta máxima; pero no tiene V. necesidad de saberle,

> Pues con un corazon tierno y sencillo
> Desmentirla podeis sin comprenderle.

Lo que se sabe mas de cierto es que el Himeneo existió mucho tiempo antes que el hijo de Venus, pues unió á esta diosa con Vulcano. Es dificil, generalmente hablando, establecer la frater-

nidad del Amor y el Himeneo sin hallarse en contradicion con la experiencia, y solo puede decirse con alguna verosimilitud

Que Cupidillo inhumano
Desconoce al Himeneo,
Y este, segun lo que veo,
Es del Amor falso hermano.

Paso á describir la figura y carácter de Himeneo. Aunque naturalmente es serio, varía sin embargo el personaje, conforme á la costumbre del traje que viste.

Es grave, cuando se hace palaciego;
Mas, poniéndose traje cortesano,
Una risa forzada estira luego
Su semblante rugoso y nada sano.
Vistiendo de asentista va despacio,
Cuenta, vuelve á contar y multiplica,
Y despues, cual si fuera cartapacio,
Agarra su mujer y no replica.
Cual señor de lugar, es quisquilloso,
Si se toca al honor y la nobleza,
En conservar mostrándose celoso
De su sangre azulada la limpieza.
Gusta, cual vejestorio, de antiguallas,
Grabando los renombres de su esposa
En las torres, almenas y murallas,
Y enamora á su edad en verso y prosa.
Con el traje plebeyo es muy afable;
Muy frio y suspicaz de tesorero;
De comerciante, brusco é intratable;
De doctor, muy preciado y altanero.

Si se hace mayordomo, es muy altivo,
Y de droguero, degenera en manso:
Unas veces es flojo, otras activo,
Unas quiere placer, otras descanso.
Con los jóvenes vela sin dormirse,
Con los viejos se duerme descuidado,
Y observa, junto á Emilia, agazapado,
Cual abeja, la flor que quiere abrirse.

El Himeneo en todos tiempos ha tenido entrada franca en cualquier templo; pero ademas tenia el suyo particular, donde se le adoraba en compañía del Amor. Este edificio, que en tiempos antiguos existió en Cytheres, de tal modo se ha destruido que ni aun vestigios nos han quedado; pero la cofradía de los casados hace poco tiempo le mandó reedificar á sus expensas hácia la extremidad del pólo.

Alli, en un oscuro laberinto,
De confusion recinto,
Por Temor unas veces extraviado,
Y otras por los Amores halagado
Se llega con rodeo
Al santuario de Pluto é Himeneo.
En este, calculando, ponen tasa,
Segun el que se casa,
A las Gracias, Virtudes y Talento
Exigiendo de amor el juramento,
Por precio convenido,
A muchos que jamas se han conocido.
En el pórtico se hallan colocados
Los pérfidos Cuidados,

Los Disgustos, hermanos del Desvío,
Y que buscan el sitio mas sombrío,
Por huir del tormento
Que les causa la luz del firmamento.
También la Indiferencia allí se nota,
Un poco mas remota,
Bajo los dardos del Amor impío,
Comunicando al corazon su frio;
Y la falsa Esperanza
Que conduce al altar de la Mudanza.
Allí se ve la turba amontonada,
Del pórtico á la entrada,
Implorando los hierros de Himeneo,
Y el dios, por acceder á su deseo,
Les coje de la mano
Y á los pies del altar conduce ufano;
Uniendo dos á dos con yugo suave,
Para remar la nave,
Donde príncipes, chusma, y empleados
Por avaro interes fueron llevados,
Y el verdadero amante
Por amor, gratitud y fe constante.
En todo cuanto juran los esposos
Se convienen gustosos,
Con tal que en el gran libro esté marcado
Con gruesas letras de oro lo jurado:
El cariño constante
De gratis se dispensa á todo amante.
Los esposos, llevados del contento,
Prometen al momento
Ser fieles, cariñosos, complacientes,
Discretos, muy sufridos, consecuentes,
Perpetuando la llama
Que dentro de su pecho Amor inflama.
A la puerta del templo les espera
La chusma vocinglera
De suspiros, de lloros y lamentos,
Que á los novios, gozosos y contentos,

Escoltan presurosos,
Sin dejar un instante á los esposos.
En el templo jamas entra Cupido,
A no ser escondido;
El Placer entrar suele de secreto,
Y entonces Himeneo, muy discreto,
Al unir los amantes,
Las alas del Placer corta al instante.
El Placer, de este modo, queda preso,
Sin que pueda el travieso
Volarse con los años y hermosura,
Llevándose consigo la ternura,
Y dejando el Lamento,
El Disgusto, el Pesar y el Sentimiento.
¡De cuántos matrimonios la alegria
Yo citarte podria!
¡Cuántos novios he visto idolatrarse
Aun al dia siguiente de casarse,
Durando su contento
Ocho dias despues del casamiento!
Estas raras uniones de ventura,
Cuyo amor siempre dura,
A los pies del altar van sin ornato,
Sin pompa, comitiva ni aparato,
Y de la edad primera
Nos recuerdan la dicha lisonjera.
En su misera y rústica cabaña
Amor les acompaña;
A su lado de dia siempre vela,
Y de noche, apagando su candela,
Les deja, segun creo,
De la antorcha alumbrados de Himeneo.
¡Ah, qué poco se ven por las ciudades
Estas felicidades!
Aquellos que, rindiéndose á Cupido,
Encontraren en yugo tan temido
La dicha que buscaron,
La piedra filosófica lograron.

Pocas veces concluyen los esposos
Su camino gustosos:
El amante reniega de su amada,
Al ver cuanto le cuesta la posada,
Y jura en adelante
Ser mas bien postillon que caminante.
Mas, sin ver los peligros, yo me avengo
A gastar lo que tengo,
Y á sufrir del camino la aspereza,
Los rigores, el hambre y la dureza,
Con tal que en la jornada
Me quiera acompañar mi Emilia amada.

CARTA XXIX.

MATRIMONIO DE VENUS.

En el órden del destino hay á veces circunstancias muy apuradas, en que, para acertar, se vé uno en la precision de abandonarse á la suerte: tal era la crítica alternativa en que Júpiter se encontraba. Vulcano habia desagradado: Marte comenzaba á agradar: Venus era mujer, es decir, débil contra el amor y fuerte contra la tiranía: podia por lo mismo resistir á Júpiter, ceder á Marte; y Vulcano hubiera sabido al fin que habia llegado tarde.

Apenas llegó Himeneo, despidió á Morféo por esta noche el monarca celeste, y le mandó que prodigase sus adormideras á Venus y á su amante. Aprovechó estas horas apacibles en arreglar con Himeneo las condiciones de la alianza proyectada. Vulcano se obligó á forjar y sostener la artillería celeste, y Júpiter en cambio le dió á Venus para

esposa: Himeneo concluyó por sí mismo este tratado, lo que desde luego prueba que

> No contento Himeneo dominante
> Con rendir á su yugo el Universo,
> Ejerce, cual avaro comerciante,
> Muchas veces el tráfico perverso.

Se hallaba la noche á la mitad de su carrera cuando Júpiter encargó á Mercurio que despertase á Venus. Al mismo tiempo dictó una órden para Marte, en que le encargaba partiese al amanecer sin despedirse de nadie, so pretexto de combatir á una partida que los Titanes habian levantado.

Venus se hallaba atormentada en aquel instante por un sueño cruel: le parecia estar en medio de la corte celeste. Júpiter le presentaba el dios de Lemnos, y le ordenaba le tomase por esposo; ella rehusaba temblando la mano de Vulcano, y arrojándose á los pies de Júpiter, los regaba con su llanto; le suplicaba no la sacrificase, y llamándole su protector, le pedia que difiriese al menos el sacrificio. Júpiter, enternecido, escuchaba sus ruegos; pero el Destino, mas poderoso que todos los dioses, de-

cretaba el matrimonio de Venus. Mercurio se la entregaba á Vulcano, y el Himeneo los unia al pie de los altares.

Tal era el sueño de Cipre cuando Mercurio la despertó; entreabrió sus ojos la infeliz, bañados en lágrimas y cubiertos de adormideras, y confundiendo la ilusion con la realidad de su desdicha: 'Vamos, exclamó; pues que el inflexible Destino lo manda, ya obedezco.' Al concluir estas palabras, siguió á Mercurio, quien se admiraba de tanta resignacion. 'Hija mia, le dice Júpiter, ¿no sabes que.... = Sí, replicó Venus, ya sé cuanto exigís de mí; y no es á vos á quien culpo de mi desgracia, sino al Destino; mas ya que este lo quiere....' Entonces presentó su mano, Vulcano se apodera de ella, y el juramento fatal fué pronunciado.

En tanto Marte se desespera al despertar, encontrándose con aquel destierro imprevisto que entorpecia sus amorosos proyectos: vuela á casa de Venus para despedirse al menos de ella; pero Venus está ausente.... ¡Ausente antes de la aurora! Marte se alarma; sospecha, corre, se informa, y llega

al fin á descubrir lo que no buscaba.

¡Oh qué necia es la imprudencia
Del que penetra un secreto!
El que con celo indiscreto,
No fiando en apariencia,
Quiere indagar lo que ignora,
Despues que lo sabe, llora:
Amantes, cerrad los ojos
Y evitareis mil enojos.

Marte, demasiado instruido por su desgracia, maldijo del Destino, de Júpiter, de Vulcano, de Venus, y aun de sí mismo,

Y despues se marchó desesperado,
Obrando como debe todo amante
A quien roba un rival el bien amado,
Pues hiciera papel muy desairado
Asistiendo á la union de la inconstante.

Al levantarse la Aurora, no pudo menos de compadecerse de Venus viéndola llorar por primera vez: las demas diosas aun estaban durmiendo.

De salud mil olores exhalaban
Sus encantos y gracias hechiceras:
En sus párpados cien adormideras
La Pereza y Deleite colocaban.
Las alas, cerca de ellas, agitaban
Los Placeres, amigos del Sosiego:
Sus labios de carmin ó vivo fuego
De una flor la frescura denotaban;
Y al dar algun suspiro, parecia
Que un Céfiro su boca despedia.

Al despertar las Inmortales recibieron dos noticias igualmente agradables; una, el matrimonio de Venus; y otra, el llamamiento de Apolo á la corte celeste. Estos dos acontecimientos sirvieron para ocupar las rápidas horas de su tocador, haciendo concebir un doble proyecto. Venus se habia levantado antes que la Aurora; habia llorado, y debia por consiguiente estar pálida y tener los ojos hinchados. Con un poco de compostura se la podia oscurecer. Apolo era amable, y ya habia un nuevo triunfo: viniendo del campo no era dificil la conquista; pero como otras podrian disputarla, era preciso ponerse sobre las armas. La ocasion era favorable; el rey del cielo habia dispuesto un baile: ¿no prevé V., Emilia, oyendo esta palabra, algunos ataques, sorpresas y rápidas conquistas? ¿Y no recuerda V. aquella dichosa noche en que nos vimos por la primera vez?

¡Ah, recuerdo feliz! Al otro dia
Despuntaba la Aurora,
Y noté que mis párpados cubria
De Cupido la venda encantadora.
Mi mano á desatarla se apresura;
Mas ¡oh necia locura!

Asi como al nacer sobre tu pecho
Grabó Naturaleza
De Venus la cintura y la belleza,
El Amor anudó con lazo estrecho
La cinta que mis ojos rodeaba,
Sin poderla quitar, aunque tiraba.
Esta venda sutil y trasparente
No es ficcion de mi loca fantasía:
Estoy ciego, y júrolo á fe mia,
Sin que mi ceguedad me desaliente.
Mas ¿quién no quedó ciego
Sintiéndose abrasar de amante fuego?
Aun distingo, por dicha, en tu figura
Unos ojos hermosos,
Modales seductores y graciosos,
Agrado, sencillez, modestia pura,
Gran talento, sublimes atractivos,
Melancolía tierna, candorosa.....
No tienes que dudar, Emilia hermosa,
Mis ojos en verdad están cautivos;
Mas aunque asi me vea,
Soy un ciego que ve cuanto desea.

CARTA XXX.

VENUS AMADA DE APOLO.

Todos los dioses, ostentando su magnificencia, asistieron al banquete divino. Vulcano bebia á discrecion el nectar sabroso, sin quitar los ojos de su esposa: Venus, pálida y desfigurada, aun eclipsaba á las otras diosas: estas, reconcentrando su despecho, guardaban silencio: Júpiter al lado de Juno observaba su dignidad conyugal; y el Disgusto, cubierto con la máscara de la Ceremonia, presidia la fiesta.

Únicamente Apolo hacia menos pesada esta monotonía, contando su vida pastoril, sus amores, sus yerros, las desgracias que su inconstancia le habia atraido, y la dicha que se prometia gozar en adelante por medio de la fidelidad. Sus ojos parece que dirigian á Venus esta promesa, y Venus le escuchaba con el interes que inspira la buena fe de un jóven débil y sensible, pero que seria quizá menos amable si no

tuviera estas faltas. De buena gana le hubiese dado algun consejo; pero se mantuvo muda, atenta é inmóvil, sin advertir que la Noche habia dado ya la señal de comenzar los placeres y fiestas.

Ya Momo y la Demencia
En triunfo conducian á las Danzas;
Ya las Gracias, marcando la cadencia,
Dirigian de Venus las mudanzas.
El Amor esta fiesta presidia,
Y el rapaz disfrazado
Tan presto del festin desparecia,
Como ya se encontraba agazapado
En las sayas de cándida pastora,
O en traje de deidad encantadora.
A través de la noble concurrencia
Las flechas se cruzaban,
Y en medio del furor y complacencia
Mil pechos á la vez atravesaban.
Los Llantos, los Suspiros y Clamores
Seguian á las Ninfas revoltosas,
Y sagaces mas bien que temerosas
Postraban á sus pies los vencedores,
Consumidos del fuego penetrante
Que arrojaba su vista centellante;
Siendo tal la inconstancia que tenian
Que á la vez mil amantes seducian.
Las señas y miradas,
Los gestos, la sonrisa zalamera,
Un suspiro, cualquiera friolera
¡Cuánto decir querian bien usadas!
El Ardor y Ternura,
El Temor, el Deseo y la Esperanza
Avivaban la fuerte calentura
Y el placer deleitoso de la danza.

Mientras V. observa esta brillante algarabía, suena la hora fatal; Vulcano se aleja, y Venus desaparece.....

Aqui mi Musa no cuenta
Lo que despues sucedió,
Porque verlo no logró.
Disimule quien lo sienta,
Pues su modesto laud
No vulnera la virtud.

Pasemos al dia siguiente: ya haria tiempo que habia amanecido cuando Venus abrió los ojos.

Del sol resplandeciente del Estío
Alumbrada parece su hermosura;
El Desórden es su único atavío,
La Timidez su sola compostura:
Su semblante, cubierto de alegría,
De rojizo carmin se ve pintado;
Su corazon, novicio todavia,
Palpita, recordando lo pasado.

El desayuno fué muy brillante y concurrido, pues todos los dioses asistieron. Apolo se mostró amable, vivo y seductor; agradó á todos, y fué convidado para el dia siguiente, y este dia para todos los demas. Su conversacion era tierna, alegre y gustosa: Vulcano amaba á Venus; pero era poco delicado en su amor, pues cuando el esposo ha reinado, el amante desaparece; y Apolo

llenaba el vacío de estos interregnos, que la ternura y sentimientos hacen tan interesantes. Cada dia se estrechaba mas esta dulce intimidad: Venus comenzaba á inquietarse, y aun confiaba sus escrúpulos á su amigo; pero este se arrojaba á sus pies y le decia: "¡Ay »amiga! ¡qué injusta eres! ¡cuán poco »has conocido mi corazon!

»Con vivir á tu lado soy dichoso,
»Tus llantos enjugar tan solo intento;
»Y mi pecho sencillo y temeroso,
»Escuchando á su amiga, está contento.
»Ya sabes que Cupido es imperioso,
»Exigiendo favor y rendimiento:
»Amistad, al contrario, solo anhela
»La dulce sensacion que nos consuela."

Esta ternura metafísica daba mucha confianza á Venus; pero la píldora estaba bien dorada. El Amor, que se oculta bajo el velo de la Amistad, es un boton de rosa encerrado en su capullo, que poco á poco rompe esta débil cubierta, y se le ve desarrollar con placer. Sus progresos, aunque rápidos, parecen insensibles al ojo observador que los desea. Por medio de una delicada graduacion hacia pasar Apolo á su amiga Venus de la inquietud á la

confianza, y de la confianza al deseo. Cada dia eran mas expresivas sus miradas, su voz mas dulce, y su cántico mas afectuoso: Cipre no se cansaba de escucharle. Un dia al fin se hizo de rogar: Venus le ruega, y entonces, bajando su vista, cantó con voz tímida:

En los preciosos momentos
Que paso de Cipre al lado,
Busco de mis sentimientos
El móvil, sin resultado.
Contemplando su beldad
Suelo perder la cabeza,
Y no sé si mi flaqueza
La causa Amor ó Amistad.
Yo creo que en su favor
Los dos á matarme tiran;
Amistad se finje Amor
Cuando sus ojos me miran.
Mi corazon alentado
Adquiere fogosidad;
Y si me acerco á su lado,
Amor se finje Amistad.
Y para que el corazon,
Por una apariencia vana,
No confunda en su eleccion
Al hermano con la hermana,
De ambos gozo los placeres
Con grata felicidad,
Y confundo los deberes
Del Amor y la Amistad.

Venus aprobó el modo de pensar de su amigo, y echando la Amistad á un

lado, llegaron en breve nuestros tiernos amigos á ser amantes apasionados. Pero los ojos de Vulcano y los de todo el Olimpo interceptaban sus mas disimuladas miradas: ¡ah! ¡si pudiesen tener una secreta entrevista! pero ni uno ni otro encontraban un pretexto para ausentarse. Venus, esclava del decoro todavía, no se determinaba á separar de su esposo; y Apolo, acabado de llamar al Olimpo, tampoco podia dejar al monarca celeste. Al fin las circunstancias les favorecieron: Vulcano tenia precision de ausentarse para la isla de Lemnos; Venus, durante el viaje, habia obtenido el permiso de visitar su planeta *: Apolo suplicó entonces á Júpiter que se le volviera á confiar el carro luminoso, y Júpiter consintió..... Nuestros amantes sin duda se encontrarian á menudo, y ya puede V. prever la infidelidad de Venus. Mas estos placeres serán pasajeros, y en breve Himeneo quedará vengado.

Desde esta época no volvió á dejar Apolo el trono de la luz. Asimismo se

---

* La Estrella de Venus.

asegura que todavía está encargado de arreglar las estaciones, sazonar los frutos y flores, y que, en su rápida carrera, todo lo ve cambiar á cada instante, excepto mi corazon, y el de V. acaso.

Todos los años Febo luminoso
Renueva su carrera presuroso,
Hallando cada dia en tu figura
Nuevas gracias, talento y hermosura;
Mas en nuestros amores
Jamas hallan mudanza sus ardores.
En tanto que los jóvenes preciados,
De su mudable condicion llevados,
Poseidos de necia extravagancia,
Buscan felicidad en la inconstancia,
Yo encuentro mi ventura
En la uniformidad de mi ternura.
Mi corazon sensible ¿qué alegría,
Lejos de la que adora, encontraria?
Asi como sus gracias no envejecen,
Sino que cada dia mas florecen,
Asi mi pecho amante
Cada vez es mas fiel y mas constante.

CARTA XXXI.

VENUS EN LA ISLA DE RODAS. LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.

En el instante que Vesper* preparaba el carro de la Noche, la carroza del Sol se detenia en el horizonte. Se hallaba este rodeado de doradas y purpúreas nubes que formaban en los cielos una confusion resplandeciente. Los astrónomos de aquella edad tuvieron este fenómeno por un meteoro, y pasaban las noches enteras en contemplarle; pero los mortales ignoran los secretos de los dioses. El fenómeno se reducia á un velo radiante, del que se servia el rey de la luz para aguardar á la reina de la hermosura. Esta concurria á la cita, conducida por la estrella del Pastor: los amantes bajaban en secreto á la isla de Rodas, y, á favor del meteoro, evita-

* Este dios preside á la mañana con el nombre de Lucifer, y á la noche con el de Vesper.

ban las miradas de sus curiosos observadores.

En esta isla solitaria, cubierta de bosques y colinas, se extraviaban á cada paso, pero afortunadamente jamas se separaban uno de otro: el Misterio, que los guiaba, conocia muy bien el laberinto. Apolo sostenia á Venus en sus brazos para hacerle menos penosa la marcha: el cesped á cada instante les convidaba á reposar, y la prudencia les prohibia dormirse. «Caro amigo, decia Venus, ¡qué noche tan hermosa! ¡quién echa de menos el sueño, cuando el valor es tan grato! Jamas las adormideras de Morfeo han ejercido tanto imperio sobre mí como la suavidad de las rosas que pueblan esta morada. No sé qué dulce amargura me obliga á suspirar contigo: aun no conocia el precio de las lágrimas, é ignoraba que existiese una tristeza preferible á los placeres. ¿No te parece, caro amigo, que este valle se halla encantado, que las aves redoblan sus caricias, que los mortales deben respirar aqui el amor..... y que en esta morada los dioses se convierten en hombres?»

No puedo decir á V., amable Emilia, lo que Apolo contestaba: el lenguaje de los amantes dichosos es para mí un idioma extraño; sin embargo,

Hace tiempo debiera comprenderle,
Y aun hablarle tambien, si usted quisiera:
¿Ignorais que podria ya saberle
Con solo una leccion que se me diera?

Espero por lo tanto que tenga V. la complacencia de suplir lo que por V. no se halla en disposicion de describir mi pluma.

Esta noche, demasiado corta, se pasó entre la dulce alternativa de agradables protestas y silencios quizá mas gratos. En efecto,

En tan felices momentos
Balancea el mismo Amor,
Sin saber cual es mejor,
Si prorumpir en acentos
O callarse por rubor.

Febea, que por lo regular camina despacio, recorria entonces su carrera en poco tiempo: la importuna Aurora llamaba á Febo, y era forzoso separarse. Venus se colocaba en su planeta, Apolo en su carroza, y los astrónomos se retiraban á dormir.

La afortunada isla aun se resentia de la presencia de los dioses. Un olor de ambrosía perfumaba sus bosques y llanuras; por todas partes brotaban cogollos de rosa que embellecian los bancos de cesped en que la diosa habia reposado. A poco tiempo toda la isla se trasformó en un jardin ameno, tomando el nombre de las flores * que la cubrian; y como los poetas siempre han embellecido la verdad, publicaron que alli llovian rosas. Vinieron despues los comentadores, y decidieron, sin saber por qué, que Venus, aunque desposada con Vulcano, conservaba todavía su virginidad. Pero ¿qué semejanza hay entre las rosas y la virginidad, á no ser la blancura de la inocencia y el bello colorido del pudor? Esto sin duda quisieron decir aquellos señores.

Mas, sea de esto lo que fuere, Apolo fué adorado en la isla de Rodas desde aquella época, y se le erigió una estátua colosal de setenta codos de alto. Sus pies descansaban sobre dos peñas-

* Rodas se deriva de una voz griega que significa *rosa*.

cos separados, que formaban la entrada del puerto, de modo que los navíos pasaban sin recoger velas por entre las piernas del coloso. Esta masa enorme fué construida en doce años por Charés, lindio *, y costó trescientos talentos: parecia que insultaba á los siglos, y que no debia fenecer sino con el globo que la sustentaba; pero quinientos años despues fué destruida por un temblor de tierra, y á los novecientos años fué sacada del fondo del mar, despues de haberla hecho pedazos, y con sus restos se cargaron novecientos camellos.

El coloso de Rhodas era la primera de las siete maravillas del mundo.

La segunda era el templo de Diana en Éfeso. Este edificio, sostenido por ciento veinte y siete columnas elevadas por otros tantos reyes en el espacio de doscientos veinte años, y enriquecido con los tesoros del Asia, fué abrasado el mismo dia en que nació Alejandro por un tal Erostrates, pretendiendo por este

* Quiere decir natural de Lindos, antigua ciudad de Rodas, en cuyas ruinas aun existe un lugarejo llamado *Lindo*.

medio adquirir la inmortalidad. Los habitantes de Éfeso, con el fin de castigarle, prohibieron bajo penas terribles el pronunciar su nombre.

Tambien se contaba entre las maravillas del mundo la estátua de Júpiter Olímpico, obra del célebre Fidias: los muros y jardines de Babilonia, construidos por Semíramis; el palacio de Ciro, cuyas piedras estaban aseguradas con oro; las famosas pirámides de Egipto, que servian de tumba á los reyes de esta fértil comarca, y últimamente el sepulcro que mandó construir Artemisa para su esposo Mánsolo, cuyo monumento tomó el nombre del príncipe que encerraba, y asi llamamos tambien nosotros á nuestros *mausoleos*. Estaba circundado por treinta y seis columnas, y tenia ochenta pasos de circuito. No se admire V., Emilia, de tan grande extension, pues

Cuando el corazon amante
Suspira junto á la losa
Que le aleja de una esposa
A quien amaba constante,
Presume en aquel instante
Su ternura acalorada
Que ensanchando el monumento
Recibe mayor aumento
La mansion de su adorada.

La mayor parte de las maravillas antiguas han sido destruidas por los tiempos; pero el arte ha reparado estos ultrajes multiplicando las obras maestras. Yo podria hacer con V., amable Emilia, algunas curiosas pesquisas sobre esta materia, y aun hablarle tambien de las nuevas maravillas que embellecen hoy dia el universo,

Mas no busco en las córtes imperiales
Maravillas que el arte ha fabricado:
Emilia mi ambicion ha limitado
A contemplar bellezas naturales.

CARTA XXXII.

NACIMIENTO DE ADONIS.

Embriagada Venus de placer con la nueva y grata sensacion que interiormente experimentaba, se creia feliz; pero su felicidad no dependia de ella: Apolo se habia hecho el dueño y depositario de su ventura.

¡Ay de la doncellita
Que en su jóven amante deposita
El precioso tesoro
De su felicidad y su decoro!
Presto verá burlada su esperanza,
Cuando menos aguarde una mudanza.

Tal fué la suerte de Venus. La Murmuracion, que ya entonces presidia en las reuniones de las diosas, le comunicó en confianza que todas las tardes bajaba Febo al palacio de Anfitrite, sin salir de él hasta que la Aurora se levantaba. Los pálidos Celos, al escuchar esta noticia, abandonaron el templo de Himeneo, y fijando su mansion en el corazon de Venus, le llenaron de amarga hiel. La deidad desventurada, pálido el sem-

blante, turbada la vista y desordenado el cabello, vuela á la cumbre del monte Ida, y desde allí dirige sus inquietas miradas al carro de su amante y á la morada de Anfitrite. A breve rato observa que los caballos del Sol, próximos á finalizar su carrera, se dirigen á la líquida llanura; el Océano brilla, los corceles apresuran su marcha, la carroza se sumerge en las ondas, su fuego se amortigua, y Febo desaparece.

Ciprina, considerando todo esto, había quedado muda, inmóvil, y sus ojos, aun fijos en el horizonte, parecia que anhelaban seguir la carroza de su amante. '¡Ingrato! decia la diosa; ¡despues » de tantos juramentos!....' y sin poder continuar, por entre sus labios medio abiertos se atropellaban los sollozos. En vano buscaba su llanto, pues no le podia encontrar, y, con voz trémula llamando á sus palomas, se apodera de las riendas, y vuela á la isla de Chipre á ocultar su vergüenza y remordimientos.

Allí el recuerdo de su infancia dichosa le hizo verter las lágrimas que tanto necesitaba: le parecia que hasta los árboles y fuentes correspondian á

sus sollozos; y la infeliz, por aliviar su corazon, les dirigia estas palabras:

«¡Oh plácida morada,
»Do vive la inocencia sosegada,
»Y que siendo testigo
»De la paz que gocé bajo tu abrigo,
»Presencias mis tormentos y dolores!
»Mitiga, por piedad, mis sinsabores.
»¡Ah! nunca imaginára
»Que el dolor con su peso me agobiára,
»Por ser tierna y sensible.
»¡Oh mirtos! ocultad mi pena horrible,
»Mis lágrimas, mi rostro vergonzoso
»Bajo la sombra del follaje umbroso.
»Tú sentirás un dia,
»Anfitrite infeliz, la pena mia;
»Y en aqueste momento
»Percibes, sin saber, mi sentimiento.
»¡Desgraciada de ti!.... Mas él te adora. ..
»¡Cuál envidio tu suerte encantadora!»

Hablando de este modo vagaba errante por los bosques y valles; sus labios estaban lívidos, sus párpados hinchados, sus ojos amortiguados, y sus mejillas pálidas y abrasadas. Ya no era la misma Venus; y cuando su amante vino á esclarecer los destrozos que habia causado, el infiel desconoció á su víctima.

Asi pasaban los dias de Cipre entre las lágrimas y los recuerdos: tambien les solia consagrar algunas noches, y comparándolas con aquella que habia

pasado en la isla de Rodas, se aumentaba su pesar. Entonces, levantándose con agitacion, precedia á la Aurora por los bosques y montañas.

En ellas un jóven, favorito de Diana, hacia poco tiempo que ejercitaba sus armas; poseía este mancebo las mismas gracias que Diana, y se le hubiera tenido por su hermano. Sin embargo, no era inmortal, pero gozaba de esa edad que tanto se parece á la inmortalidad. Persiguiendo á las bestias feroces vió á Venus, y á su vista se detuvo: Cipre admirada levantó sus ojos, y no acertó á separarlos.

Su diversion el cazador olvida.
Venus, con su presencia conmovida,
Siente nacer del seno de su llanto
Una dulce sonrisa; y entretanto
Sus tiernos y sensibles corazones
Quisieran estrechar las relaciones.

En fin, despues de vacilar por largo tiempo el tímido cazadór rompe el silencio, y dice:

"Esta bella morada
»Por Venus suele ser muy frecuentada,
»Y al ver tanta hermosura
»Creí que fueras tú..... ¡necia locura!
»Siendo Venus ¿acaso llorarias
»Y cual débil mortal te abatirias?

'¡Ay de mí! exclamó ella: ¿ignoras
» por ventura que hay dioses infieles, y
» que las diosas somos sensibles? Pero
» ¿quién eres tú, amable mortal? ¿Quié-
» nes son los autores de tu vida?' A es-
tas preguntas, avergonzado el mancebo,
inclinó al suelo su vista y le dijo: 'Mi
» nacimiento es un secreto, y mi exis-
» tencia un crímen. Reinaba en esta isla
» afortunada Ciniras, mi padre, en com-
» pañía de una hija idolatrada: Myrrha
» por su parte recompensaba el cariño
» de su padre; pero su ciego corazon,
» dejándose extraviar, sustituyó el amor
» á la piedad filial. Para sofocar esta in-
» cestuosa llama atentó la desventurada
» contra su vida; se desató el cinturon
» y quiso ahogarse, pero acudiendo con
» tiempo su nodriza cortó el nudo fatal,
» le devolvió la vida, le arrancó su se-
» creto, y la favoreció en su crímen. Por
» aquellas noches celebraba los misterios
» de Ceres la esposa de mi padre, y sa-
» bedora Myrrha, dejándose conducir
» por su nodriza, tomó parte en el lecho
» nupcial. Ciniras á poco tiempo descu-
» brió este horrible atentado; quiso ven-
» gar la naturaleza ultrajada, pero su

» hija se fugó por evitar su venganza. » Ocho meses anduvo errante hasta llegar al pais de los Sabbeos, llevando » consigo los remordimientos y el fruto » de su crímen. Mas al fin, accediendo » los dioses á sus ruegos, la convirtieron » en el árbol que destila la mirrha, y estas » lágrimas preciosas son el llanto de mi » madre. Aun bajo esta nueva forma me » alimentaba en su seno; mas luego que » llegó el término señalado por Lucina, » se abrió la corteza del árbol y ví la » claridad del bello dia. Compadecidas » las ninfas de mi suerte, me recibieron » en sus brazos y tuvieron á su cargo mi » educacion..... Mientras vivió mi padre » no osé pisar la mansion en que habitaba; pero ya no existe, y creo me » será permitido el que venga á regar su » tumba con mis lágrimas. ¡Ay de mí! » sin duda merecia otro origen: el corazon de Adonis es puro, compadecedle, » pero no le aborrezcais.' Las lágrimas interceptaron su voz, y dos copiosos raudales humedecieron sus encarnadas mejillas. Venus enternecida se las enjugaba suspirando: 'Consuélate, decia; » no todos los corazones te se han cer-

» rado: no te vuelvas á acusar del crimen » de tu madre, pues yo no quisiera amar » á un culpable. = Y ¿quién me ha de » amar? exclamaba el mancebo; ni tengo » una hermana. = Yo lo seré. = Ni ma- » dre. = Yo haré sus veces.» Y aplicaba entonces sobre la frente del huérfano un dulce beso. No diré á V., Emilia, si este beso fué maternal ó fraternal: V. misma podrá conocerlo. Yo presumo que la conmocion de Venus se pareceria mucho á la que mi corazon experimenta estando á vuestro lado. Entonces

Contemplando esa beldad
Siente mi pecho un ardor
Mas fogoso que amistad;
¿Será por ventura amor?
Aunque fácil de gustar,
De comprender es costoso,
Y no fuera tan gustoso
Si le pudiese explicar.

CARTA XXXIII.

VENUS Y ADONIS.

Amada Emilia: sin duda estará V. impaciente hasta saber el resultado de la segunda entrevista de Venus y Adonis; y voy á satisfacerla. Entreabre la Aurora las puertas del dia, y ya tiene V. ahí los amantes. ¿No percibe V. á la bajada de aquella colina al jóven Adonis con la vista baja, la cabeza inclinada, el paso incierto, corriendo, y temeroso de llegar á la cita? A la vuelta de ese bosque ¿no descubre V. á Venus, ocultándose en aquel matorral de mirtos? Pues á través de las ramas que separa ve al jóven Adonis, conoce su embarazo, y, aunque le aguarda impaciente, le perdona el que se haga esperar. Llega por fin, y Venus se aparece..... ¡Vea V. qué confusion le causa su dicha, y qué dichosa es ella al notar su confusion! Él se calla: ella le mira: Adonis levanta los ojos; los dos quedan inmóviles: ya se han hablado, y aun dura el silencio. Venus estampa un

beso en su mano, y luego la abandona: Adonis recoge el beso, dando mil en cambio, y Venus retira su mano para recogerlos á la vez. El tímido amante, un poco mas alentado, la dice en seguida á media voz:

Tu mano seductora
El volcan te dirá que me devora.....
Mas ¿á qué ha de cansarse
Cuando pueden mis labios explicarse?

Venus al escucharle se sonrie, le tiende sus brazos y se hablan. Despues de este mudo pero delicioso entretenimiento advierte Venus que su amante suspira, le pregunta la causa, y Adonis, avergonzado, contesta: '¡Ay de mí! se »me figura que he vivido un lustro mas »en este corto momento. Hasta el pre»sente no habia contado los dias de mi »existencia; pero desde que los he con»sagrado á vuestra hermosura me he »vuelto muy avaro. ¡Ah! perdonadme: »si fuese cierto lo que me han contado, »muy poco duraria mi felicidad.

»La jóven Aurora, hija de Titan y »Cibeles, conoció á Titon, hermano de »Príamo, en la pasada primavera: por »desgracia era bien parecido, y Aurora,

» enamorada de él, bajó de su carro de
» rosas, cogió á Titon de la mano, y le
» condujo á la isla de Delos. Allí los unió
» secretamente Himeneo, y la diosa ob-
» tuvo de las Parcas la inmortalidad para
» su esposo. Mas como la inmortalidad
» no evita la vejez, y los mortales enve-
» jecen mas pronto estando al lado de
» las divinidades, cada favor que Titon
» obtenia de su esposa le envejecia un
» lustro, y antes que la Aurora hubiese
» aclarado doce veces el Oriente, vió á
» su esposo encorbarse á impulsos de la
» caducidad. Titon suplicó á los dioses
» que abreviasen su eterna vejez, y los
» dioses compadecidos le trasformaron
» en cigarra. Bajo esta nueva forma aun
» canta con voz apagada los placeres de
» su fugitiva juventud, y yo quizá en po-
» cos dias cantaré como él la rapidez del
» sueño de mi felicidad.»

Adonis calla, y Venus, abrazándole con ternura, le dice:

«Desecha, caro bien, esos temores:
»Así como á la rosa anima el viento,
»En mi seno hallarás vivos ardores
»Que tu vida conserven con mi aliento.»

Estas palabras y algunas caricias le

aquietaron; los temores se desvanecieron, y los placeres ocuparon su lugar. Venus ya no abandonó á su amante: armada como él del arco y flechas le seguia por los montes y precipicios: la reina de Pafos y de Gnido se sometió á las leyes de Diana, que hacia alarde de su poder, y el amor apagó la vanidad del corazon de una diosa. Si el ardor de la caza separaba alguna vez á los amantes, al punto se volvian á encontrar para decirse: *yo te adoro*, pues entonces aun no estaba en uso el decir: *la adoro á V.* Estaba reservado para nuestra lengua el distinguir el *tú* del *usted* para manifestar la ternura y el respeto. Sin embargo, no ha previsto todo lo que puede suceder, pues cuando estos dos sentimientos se reunen ¿qué voz hemos de usar? Lo ignoro; pero debo advertiros, cara Emilia, que muchas veces mientras mi lengua dice el *usted*, mi corazon pronuncia el *tú* interiormente. Estimaré que no le incomode á V. esta tácita libertad.

El *tú* no debe seros sospechoso,
Pues de *tú* trata el hombre al Ser supremo,
Y tambien á la que ama con extremo
Tutea el corazon mas respetuoso.

CARTA XXXIV.

MUERTE DE ADONIS.

¡Oh qué suave dulzura,
Qué sensacion tan deliciosa y pura
Disfrutan los amantes
Que á su tierno cariño son constantes!
Los suspiros, los ayes y lamentos
Son de naturaleza los acentos.
Cuanto miran sus ojos
Parece que previene sus antojos,
Y del Amor la llama
En placer deleitoso les inflama:
Con solo una mirada se comprenden,
Se hablan, se responden y se entienden.
¿Hay mas feliz estado?....
El Amor, por su dicha interesado,
Les presta sus favores,
Aumenta sus placeres y sabores;
Y si acaso padecen algun tedio,
Para todo el Amor halla remedio.
Una tierna mirada,
Una grata sonrisa, un gesto, un nada
Disminuye su llanto
Y mitiga sus penas y quebranto;
Y en tan dulces momentos de ternura
¿Les aflijen disgustos por ventura?
De ninguna manera:
Su corazon, de gozo enagenado,
Olvida lo pasado,
Y ningun sinsabor su pecho altera;
Pues la felicidad de aquel momento
Ahoga su anterior padecimiento.

Ya hacia unos dias que Venus saboreaba este dulce consuelo: Apolo habia sido olvidado: Adonis amaba por primera vez, y su candor igualaba á su cariño. Cipre conocia bien el valor de este tesoro, y al disfrutar sus delicias no podia imaginar que existiese en el mundo un placer superior al suyo. Pero no hay felicidad mas pasajera que la que ocasiona el amor.

Ya la Primavera se habia refugiado á la isla de Chipre, y el Otoño cedido al Invierno el dominio del resto de la tierra. Marte volvia cubierto de laureles, congratulándose de hallar á Venus encerrada en sus cuarteles de invierno. Supo á su llegada la mala inteligencia que reinaba entre Vulcano y su esposa, cuya nueva le pareció de favorable agüero; pero la fria acogida que recibió de Venus hizo desvanecer sus esperanzas, y nacer sus sospechas,

Pues sabia que una bella
Es, á veces, inconstante
Y poco fiel, no por ella,
Sino por un nuevo amante.

De lo cual resultaba, segun su cálculo, que Cipre tenia alguna secreta inclina-

cion; y como pasaba parte del invierno en la isla de Chipre, allí debia estar el misterio, ó Marte no conocia á las mujeres. Pero como este dios hacia gala de conocerlas, y de no haber sido jamas víctima de su disimulo, siguió á Venus en sus fugas campestres, y supo, á su pesar, que habia reflexionado conforme á los verdaderos principios.

El dios celoso juró sin detencion la pérdida de Adonis; le inspiró el furor de los combates, encendiendo en su corazon el deseo de los peligros. Adonis solo respiraba sangre, se sentia abrasado del afan de exterminar las bestias feroces, cuya belicosa audacia brillaba en sus ojos, animaba su semblante y le comunicaba una nueva gracia. Venus jamas le habia adorado con mas ardor, ni nunca temió mas por su existencia: «Caro Adonis, le decia, ¿quién te ha » inspirado esa loca temeridad? ¿Prefe- » rirás la frialdad de Diana al cariño de » Venus que te adora? ¡Ah! cesa de » combatir los monstruos, pues tú na- » ciste para conseguir mas gratas victo- » rias. Por mi rango me veo precisada » á concurrir hoy á la corte celeste, y,

» aunque en breves momentos ya estaré » de vuelta, parto llena de temor. Si es » cierto que me amas, prolonga tu exis- » tencia, y vive para aquella que ni aun » puede tener el consuelo de morir por » tí.» Entonces, dándole el abrazo de ternura, se despidió.

Pero apenas su carroza se dirigió al Olimpo cuando se presentó el mismo Marte en figura de javalí. Sus crines erizadas, sus colmillos amenazadores y sus encendidos ojos hicieron renacer en el corazon de Adonis el impetuoso ardor, y, olvidándose de Venus, y aun de sí mismo, se dirige al monstruo como un rayo, le asesta la flecha, le hiere, y el furioso javalí, abalanzándose al cazador, le echa por tierra y sepulta en su ingle el diente mortífero. Adonis cae bañado en su sangre, y Céfiro lleva á Venus el último suspiro de su caro Adonis. Venus le recibe, y, agitando sus palomas, baja con vuelo precipitado: corre, sin saber á donde, á través de las rocas y precipicios, desgarrando su seno de alabastro, su bella cintura y sus delicadas plantas. Se arroja sobre su amado bien, cierra su llaga medio

abierta, desgarra su velo para vendar la profunda herida, y se esfuerza en contener la sangre que salia á borbotones saltando por entre sus dedos. ¡Cuidado inútil y tardío! Adonis ya no existia. La brillantez de sus ojos habia desaparecido, su semblante estaba pálido, y el color bermejo de sus labios se habia trasformado en el de violeta marchitada. En vano su desgraciada amante incorpora este cuerpo inanimado, le aprieta entre sus brazos, apoya su corazon contra el suyo, aplica su boca de fuego á los labios espirantes, queriendo reanimarlos con su calor divino: su caro Adonis no la siente y la hiela con su frio. De repente se apodera de ella este frio mortal: la diosa se estremece, balancea y cae, invocando la Muerte. Pero la Muerte, sorda y avara, se apodera de su presa sin darla oido.

¡Qué dura situacion la del amante
Que viendo perecer al bien amado
Se queda en este mundo abandonado
A su pena cruel y penetrante!

La desventurada Cipre, detestando una inmortalidad que no podia dividir

con su amante, trató al menos de reanimar en él alguna chispa, y recogiendo la sangre que aun corria de su herida, hizo nacer la anémona de los restos de su tibieza.

Esta delicada flor,
Emblema de nuestra vida,
Por la mañana está erguida,
Por la tarde sin color.
Asi como su verdor
Tan pronto como florece
Se marchita y palidece,
Asi nuestra juventud,
El placer y la salud
De nosotros desparece.

Despues de esta metamorfosis, hizo Venus construir un templo á su caro Adonis en aquel mismo paraje, y en él se renovaba todos los años la pompa de sus funerales. Con el tiempo adoptaron esta fiesta anual los habitantes de Siria y los de Grecia. El primer dia se cubrian con lúgubres vestiduras, se arrancaban los cabellos, y se herian en el pecho, llorando la muerte de Adonis; y en el siguiente celebraban con gran júbilo su resurreccion y apoteosis. Asi en aquellos tiempos se veia como ahora á las mujeres

Cambiar de tono y humor
De la noche á la mañana,
Como la vil cortesana
Muda de traje y color,
De tristeza ó alegría
Segun lo requiere el dia.

Pero la verdad me separa de la fábula; vuelvo á ella. Despues de haber hecho Cipre las exequias á su amado bien, se ocupó en curar sus heridas. Cuando voló al socorro de Adonis, no habia sentido las llagas que los peñascos y espinos la causaron: muchos rosales tenian ensangrentadas sus espinas, algunas gotas destilaron sobre las rosas, y estas flores, que siempre habian sido blancas, desde entonces conservan el color de la sangre de Venus.

Asi yo, que jamas he conseguido
Otra dicha mayor, ni otros favores
Que regalarte sonrosadas flores,
Si las veo en tu seno, conmovido
Esclama el corazon: "¡Suerte dichosa!
»Su sangre recobró Venus hermosa."

CARTA XXXV.

MARTE Y VENUS SORPRENDIDOS POR VULCANO.

Ya sabe V. Emilia, ó lo sabrá algun dia, que lo que á una mujer desespera, suele consolar á otra: asi es que la muerte de Adonis sirvió de desesperacion á Cipre y de consuelo á Proserpina. Esta diosa, que pasaba ratos muy tristes en su lóbrego imperio, se tuvo por dichosa recibiendo en sus dominios al favorito de Venus; y se creyó todavía mas feliz cuando consideró que la diosa no podia seguir á su amante á los Campos Elíseos. Proserpina se prometia ser la única poseedora de la sombra de Adonis.

Parece, me dirás, una locura:
¿Qué logra el corazon con una sombra?
Mas ¡ah! mi caro bien, ¿eso te asombra,
Cuando sabes que Amor en su ternura
Corre tras una sombra de ventura?

Vénus, que aun lloraba la muerte de Adonis, cuando supo los proyectos de

Proserpina, concibió mas amargo dolor, y á breve rato el despecho succedió al dolor, y la rabia al despecho. Sus sollozos se interrumpen, y el llanto ya no humedece sus abrasadas mejillas. La hija del Océano vuela al Olimpo, atraviesa por entre la multitud de dioses, se arroja á los pies de Júpiter, los aprieta con sus manos trémulas, y, sin disimular su dolor, le dice: «¡Oh padre mio! amaba á » Adónis; sí, le amaba, y le he perdido. » He perdido la juventud, los encantos y » la ternura de mi amante. Su alma, úni» co tesoro que poseía, pretende robár» mele Proserpina: la cruel solicita apro» piarse hasta la sombra del que amaba. » ¡Oh Júpiter! vengadme; devolvedme á » mi amante; haced que viva, si quereis » que Proserpina no triunfe de vuestra hi» ja y que la inmortalidad no me sea in» soportable.»

Júpiter enternecido, pero sin osar decidir una querella cuyo motivo comprometia los derechos del Himeneo, mandó que las dos rivales se atuviesen al juicio de Témis.

Esta virgen inmortal, hija del Cielo y de la Tierra, y hermana de la amable

Astréa, tenia cubiertos los ojos con una venda. En una mano llevaba la espada, y con la otra sostenia una balanza y el tocador de la verdad.

Jamas su sacro templo se cerraba;
En él recta justicia administraba,
Sin que nadie vagase incomodado,
Cual hoy, en laberinto fabricado
Por la trampa, el embrollo y la bajeza.
Aun no habia manchado su pureza
La tinta del letrado, ni el vil oro
Corrompido su honor y su decoro.

Témis, despues de oido á Venus y Proserpina, eligió un punto medio, pronunciando que Adónis pasára seis meses en la Tierra y otros seis en el Elíseo. Esta sentencia puso casi de acuerdo á las dos rivales; pero faltaba decidir quién de ellas gozaria primero de la presencia de su amante; mas como Proserpina estaba en posesion hacia tiempo, obtuvo para sí la continuacion del primer semestre. ¡Qué siglo para Vénus! pero Marte dulcificó su duracion, pues despues de una corta resistencia

Consintió que la hablára,
Que sus penas y males mitigára,
Enjugando su llanto,
Y alivios ofreciendo á su quebranto.

Mas cuando, fiel á su cariño tierno,
Por Venus dejó Adonis el averno,
Le mostró la experiencia
Que poco vive amor mediando ausencia.

El infeliz Adonis lloró por algun tiempo tan infame perfidia; gemía de noche, se quejaba á la Aurora; y la Aurora, compedecida de su llanto, repetia su quejas al levantarse Apolo. Grande fué la rabia que acometió á este dios luego que supo los amores é infidelidades de Venus. Recordaba sus tiempos de ventura, y en breve estos recuerdos llegaron á engendrar los celos: oculto tras una nube espió á los amantes, burlando la vigilancia de Gallus, encubridor de sus placeres. Inmediatamente se lo comunicó á Vulcano, y este, aprovechándose del voluptuoso sueño de los amantes, los sorprendió, aprisionándolos con una red de hilos imperceptibles. Todo el Olimpo fué testigo del crímen y de la confusion que experimentaron al despertar.

Ignoro si en tal momento
Vulcano se enfadaria;
Mas, si acaso fué sangriento,
En breve le pesaria.
Cuando Himeneo gozoso
Con nosotros se divierte,

El sabio nunca es celoso,
Y se acomoda á la suerte.
Con un velo disfrazado
De incógnito se pasea,
Y pasa por hombre honrado
A costa de su librea.

Marte furioso trasformó á Gallus en gallo para castigar su negligencia; y bajo esta nueva forma ya parece que tiene mas vigilancia, pues todos los dias con la misma exactitud

De Febo pronostica la llegada
Al distraido amante,
Y apenas oye Marte la llamada
Se separa de Venus al instante.

Habiendo Vulcano á ruego de los dioses levantado su red, Marte se fugó á las montañas de Tracia, y Venus se refugió en la isla de Chipre. Aquí, por un prodigio nuevo para ella, notó que su cinturon no la venia, estrechándose cada vez mas, hasta verse en la precision de renunciar á este adorno divino hasta despues del nacimiento del Amor.

¡Cuánto de bueno y malo pudiera contar á V. de este dios! pero guardo silencio, porque es demasiado cruel para que le alabe, y muy poderoso para que

le critique. Y luego ¿cuál seria la utilidad ó premio de mis lecciones?

Si tu corazon sincero
Me escuchára sin temor,
Te hablaria del Amor
Y de su carácter fiero.
Mas ¿á què cansarme quiero
En decir lo que aprendí
¡Oh, bella Emilia, de ti!
En amorosas pasiones
Puedes tú darme lecciones
Mejor que aprender de mí.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

ÍNDICE.

A EMILIA. . . . . pág. 5
LA SERPIENTE PITHON. 5
ORÁCULOS DE APOLO. 10
LA FILOSOFÍA. 20
LAS PIÈRIDES, DEUCALION Y PYRRHA. 26
PHAETON. 36
NACIMIENTO DE VENUS. 43
EDUCACION DE VENUS. 47
CINTURON DE VENUS. 56
VENUS PRESENTADA A LA CORTE CELESTE. 61
VULCANO. 65
MARTE Y VENUS. 72
EL HIMENEO. 77
MATRIMONIO DE VENUS.. 83
VENUS AMADA DE APOLO. 89
VENUS EN LA ISLA DE RODAS. . . . 96
LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.
NACIMIENTO DE ADONIS. 103
VENUS Y ADONIS. 110
MUERTE DE ADONIS. 114
MARTE Y VENUS SORPRENDIDOS POR VULCANO. 121

ÍNDICE

Pág.